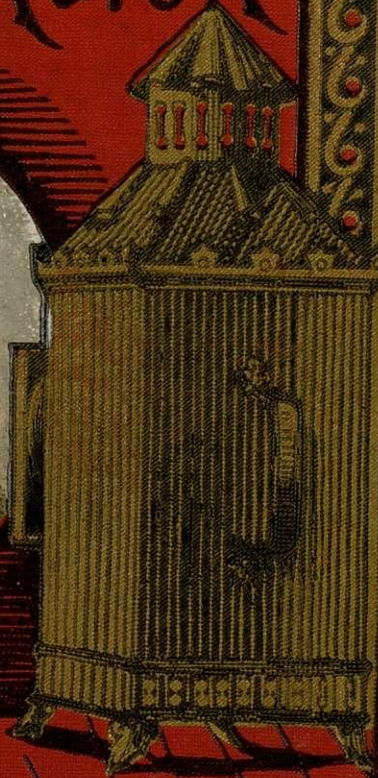
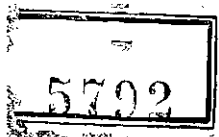


LA  
LINTERNA  
MÁGICA



POR  
FACUNDO









LA  
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

---

TOMO XIV.







Imp.<sup>o</sup> L. Blanchard-Santander

Lit.<sup>o</sup> de M. Garcia y C<sup>o</sup>.-Hijos y Habana

*El diablo verde.*



LA  
**LINTERNA MÁGICA**

---

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

**FACUNDO**

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

*ilustrada con grabados y cromolitografías.*

---

TOMO XIV.



SANTANDER.  
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

---

1891.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

64860

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

# LAS JAMONAS

SECRETOS ÍNTIMOS DEL TOCADOR Y DEL CONFIDENTE.

NOVELA POR

**FACUNDO**

(1871)

TOMO II.

Y dijo el Señor Dios á la mujer: ¿Por qué hiciste esto? Ella respondió: La serpiente me engañó y comí.

GEN. CAP. III, v. XIII.

SEGUNDA EDICIÓN.



SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1891.





# LAS JAMONAS.

TOMO II.





## CAPÍTULO I.

### EL DIABLO VERDE.



**H**UÉ preciso á Don Aristeo tomar aliento en el patio y concentrarse para alejar de su mente aquellas contrariedades. Después de un momento subió lentamente la escalera y tiró del cordón de la campanilla.

Salió una criada.

—¿Está en casa.... la señora?

—¿Trae usted tarjeta? le preguntó la criada.

—Se entra aquí con boleto? pensó don Aristeo. ¡Tarjeta! repitió; no, no traigo tarjeta.

—¿Su nombre de usted?

—Me llamo Aristeo.

—Voy á avisar.

Y la criada desapareció.

Al cabo de un rato, volvió diciendo:

—Que no lo conoce á usted la señora, que le mande usted decir lo que quiere.

—Es muy largo, dijo maquinalmente don Aristeo; dígame usted que vengo de parte de mi compadre Sánchez.

Volvió á desaparecer la criada, y un segundo después se abrió frente á don Aristeo una vidriera de par en par y se presentó Ketty.

Esta aparición hizo en el rostro de don Aristeo el efecto del *cardillo*, y estuvo á punto de retroceder rodando la escalera.

Don Aristeo se descubrió, lleno de un respeto que él mismo estaba muy lejos de esperar; se le olvidó completamente su prevención contra la inmoralidad de la *cocota*, y hasta este nombre le pareció una especie de calumnia.

—Pase usted, caballero, dijo Ketty en



buen español aunque con un acento ligeramente inglés.

Don Aristeo anduvo, sin sentir el piso bajo sus pies.

Ketty se adelantó para guiar á Don Aristeo y bien pronto estuvieron ambos en la sala.

Ketty se sentó en un gran sillón de metal, é indicó á D. Aristeo que tomara asiento en el sofá.

Don Aristeo tenía en las manos su sombrero, su bastón, sus guantes y su pañuelo; pero no se acordaba de ninguno de estos objetos, ni de sus manos tampoco, porque no podía quitarle la vista á Ketty.

Era efectivamente hermosísima la cocota: su cabellera casi blanca, estaba tan artísticamente rizada, había tal gracia en aquel agrupamiento semidesordenado de rizos y de cintas que levantaban, sobre el interessantísimo óvalo de la propietaria, un verdadero edificio tan magestuoso como una corona imperial.

Era una mujer de alabastro, porque sobre

la tez blanquísima de las hijas del Norte, todavía había alguna crema maravillosa que realizaba el bello ideal de la belleza.

Ligeras tintas sonrosadas, como esas que el sol sabe poner en algunas nubecillas, hacían presentir la presencia de no sabemos qué rosas encantadas, así como en los labios de Ketty se presentía el beso que parecía haber anidado allí, sobre aquel granate, junto aquellas perlas; en aquel botón de rosa, en aquella válvula de donde probablemente todas las palabras que salieran habían de ser amor, todos los acentos música, el aliento fuego, y la humedad miel.

Ketty estaba vestida de raso verde hermoso, de ese verde que lo es hasta de noche, de ese verde que le hace á uno volver la cara apenas lo percibe con el rabo del ojo; en fin, verde-primavera de México, verde-floresta de México, verde-esperanza, si es que esta señora se ha vestido alguna vez como Ketty.

Don Aristeo tenía trabada la lengua; y luego, que desde que había entrado allí ha-

bía percibido un aroma tan esquisito, un olor á flores ó á ángeles, pero tan pronunciado, tan ferozmente voluptuoso, que don Aristeo dilataba las ventanas de su nariz para oler más, como dilataba sus pupilas para ver más y más á aquella aparición verde.

Lo único que no podía hacer Don Aristeo era hablar.

—¿Usted es padre de Sánchez? preguntó Ketty con una voz que le pareció á D. Aristeo *cajita de música*.

Don Aristeo primero tragó, después tosió, y no seguro de que á pesar de esas dos cosas le saldría la voz, hizo un grande esfuerzo y dijo:

—No, señorita, soy su compadre.

Era tan rara la voz de Don Aristeo, que á él mismo le pareció que otro era el que había contestado por él.

Ketty empezó á mecerse en el sillón, y como Don Aristeo á su pesar tenía la vista clavada en los ojos de Ketty, á los pocos momentos comenzó á sentir el viejo un extraño desvanecimiento.

Aquella figura oscilaba delante de él como el mar de la dicha; aquel movimiento le imprimía todavía algo más de fantástico y de aéreo.

Ketty tenía una mano cerca de la mejilla; ¡pero qué mano! era una mano modelo, blanca también como una azucena, ligeramente sonrosadas las yemas de los dedos; ¡era una mano tentadora!

Don Aristeo pensó:

—¿Si me dará la mano?

Se vió tentado de retirarse, solo para hacer la prueba.

—¿Qué dice Sánchez? preguntó Ketty.

—Está enfermo, se apresuró á contestar don Aristeo.

—¡Pobrecito de Sánchez! ¿qué tiene?

—Dolor de costado..... quiero decir, creo que es jaqueca; pero está enfermo y no ha salido, no; ni podrá salir á la calle.

—¿Pero está muy malo entonces?

—No; no mucho, señorita, mañana estará bueno ya.

Ketty recorría con una mirada impasible

á don Aristeo, y acaso como mujer de mundo ya había comprendido el efecto que causaba.

—¿Es V. americana, de Norte América?

—No, señor, nací en Francia; pero desde niña vivo viajando.

—¡Viajando!

—Sí, señor, el mundo es para verlo.

—Es cierto, dijo don Aristeo; y agregó para sí: yo nunca he salido de Oaxaca.

—Yo también quisiera viajar, continuó don Aristeo; no conozco el mar, ni París.

¿Es bonito París?

—Hoy está feo.

—¿Y le gusta á usted México?

—Puede llegar á ser muy bonito México; el clima es muy agradable; hay gentlemen muy buenos; pero está México pobre, se llevan el dinero á otras partes, aquí solo se hace pero no se gasta aquí.

—Efectivamente, señorita.

—¿Usted tiene minas?

—Sí, dijo resueltamente don Aristeo; quiero decir, tengo barras y acciones.

Ketty cesó de mecerse en el sillón.

—¿En Pachuca?

—En Pachuca, sí señorita, y en Guajuato.

—¿Y así no viaja usted, señor? Con minas se puede viajar; los mexicanos tienen muchas minas pero no viajan; el mundo es muy bonito, señor; hay ciudades muy hermosas: New York, París, Londres, Berlín ¡oh! es muy hermoso todo, y se viaja con muchas comodidades. Hoy nadie está en su casa siempre, sino en los viajes; ¡oh! es tan fastidioso estar en un mismo lugar!

—Sí, señorita, yo voy á viajar; ¿y adónde me aconseja usted que vaya primero?

—Primero á los Estados-Unidos por la vía de New Orleans para conocer todas las poblaciones importantes; despues vivir un poco en San Francisco, un poco en New York, un poco en el Niágara; después á Saint Nazaire y á París, y luego á Londres; en fin, se debe ver todo.

—Y dígame usted, señorita, ¿usted tiene familia?

—¡Ah! sí, sí.

—¿Y está?.....

—En New York; pero yo estoy independiente.

—¿Hará mucho tiempo que no la ve usted?

—¡Ah! sí, sí..... diez años.

—¡Diez! exclamó don Aristeo.

—Mis hermanos también viajan; uno está en el Japón; otro está en la expedición inglesa al polo; una hermana está en Lisboa y otra en Río Janeiro, y yo en México á su disposición, dijo Ketty echando á don Aristeo su primera sonrisa como una paloma correo.

A don Aristeo le temblaron los brazos como si aquella sonrisa hubiera salido de una batería de Buntzen.

Ketty agregó una segunda sonrisa como resultado del efecto de la primera.

Don Aristeo, seguía viendo, con una atención casi inconveniente, la cara y la mano de Ketty.

Esta por su parte estaba ya segura de

que algo muy hondo se había insurreccionado en aquel señor.

En este momento entró la criada: la criada se parecía mucho á doña Felipa; tenía un vestido igual é iguales maneras.

Como don Aristeo estaba tan impresionado, creyó por un momento que entraba doña Felipa, y sus ideas empezaron á turbarse.

La criada traía una gran charola que casi no cabía por la puerta, y sin consultar á su ama colocó aquella charola sobre una mesita que estaba junto á Ketty.

Había en la charola una servilleta muy limpia y algunos platos con jamon de Westfalia, queso inglés, una jaletina, frutas secas y pan.

Después puso la criada dos botellas de cristal, una con cognac y otra con vino de Madera.

—Usted va á... dijo D. Aristeo parándose.

—Usted tendrá la bondad de tomar el *lunch*.

--Señorita..... yo no acostumbro; y pensó



don Aristeo: Me va á convidar á almorzar; ¿qué dirá mi compadre? ¿Quién sabe si no será de buen gusto rehusar esto, ó tal vez se mortificará esta señora de que la vea yo abrir la boca.

—¿Usted no toma el *lunch*?

—¡Señorita!..... acompañaré á usted.

La criada acercó la mesa de modo que don Aristeo pudiera alcanzar los platos, y tomando un cubierto lo dió á don Aristeo.

—¿Le sirvo á usted, señorita?

—Gracias, dijo Ketty cortando un pedacito de queso.

Don Aristeo cortó otro pedacito de queso.

La criada sirvió cognac para Ketty y vino para don Aristeo.

—Salud! murmuró Ketty apurando su copa.

—Salud! repitió don Aristeo bebiendo la suya.

La criada se retiró.

Ketty tomaba de vez en cuando pedacitos de queso, y don Aristeo la imitaba.

Se le estaban yendo los ojos tras del ja-

mon, pero temía parecer glotón si comía carne á tales horas, y se limitaba á su pesar á imitar á Ketty.

Bastó á don Aristeo aquella copa de vino de Madera para sentirse más expansivo.

—He tenido una agradable sorpresa al conocer á usted, señorita, dijo.

—¿Por qué?

—Ya sabía que era usted muy hermosa, ¡pero no tanto!

—¡Ah! señor, gracias.

—Positivamente, señorita, es usted la mujer más hermosa que he conocido; con razón mi compadre..... mi compadre la quiere á usted mucho.

—¡Pobrecito de Sánchez! volvió á decir Ketty.

—¿Y..... no se vuelve usted á Europa?

—Sí, señor.

—¿Pronto?

—Tal vez.

—Quédese usted.

—¡Ah! no, señor; ya he vivido mucho en México.

—¿Y Sánchez?

—El me ha dicho de venir también conmigo.

—Mejor será que usted se quede, señorita.

—Usted puede viajar también.

—Sí..... efectivamente, dijo don Aristeo acordándose de que no tenía un centavo.

Las resoluciones de don Aristeo habían encontrado una contrariedad que no se esperaba; no tenía valor para afrontar la cuestión de trabajar contra Sánchez; y hasta llegó á encontrar, hasta cierto punto, justificado el gasto de los trescientos pesos. Aquella sala era elegantísima, mejor que la de Sánchez, y aquella mujer realmente tenía algo que don Aristeo no había visto nunca.

De esta consideración pasó á la de su miseria, que por la primera vez le estaba pareciendo una verdadera calamidad.

—Por otra parte, pensaba don Aristeo, si yo le he de hacer la guerra á mi compadre, no puede hacerse esto por otro medio más que por el del amor; pero esto es imposible.

—¡Ay! señorita, si yo fuera joven.....

—¿Qué haría usted?

—Procurar que me amaran.

—Debe usted tener quien lo ame.

—¡Nadie, señorita, nadie! ¿Quién me ha de querer á mí? el amor es para los jóvenes.

—Pero usted tiene minas, y un señor con minas bien puede hacerse amar.

Esto, lejos de alentar á don Aristeo, lo entristeció más.

—Pero ¿sería posible que una señorita tan hermosa como usted pudiera amar á un hombre..... así, que no fuera joven?

—Ya lo ve usted; yo amo á Sánchez.

—Sí..... es verdad; y entre mi compadre y yo..... en fin, no hay mucha diferencia.

—La gratitud, agregó Ketty, es la puerta del amor.

Ketty empezaba á comprender que don Aristeo podía ser un cómodo compañero de viaje, quien teniendo minas podía prestar todo género de garantías.

—¿Habla usted inglés?

—No, señorita.

—¿Francés?

—Vea usted, señorita, lo pronuncio muy mal, porque como nada más lo traduzco lo hablo como está escrito, y cuando digo *bonjour*, se rien de mí.

La sola idea de acompañar á Ketty en su viaje, estaba sacando á don Aristeo de sus casillas; y el pensar que tal vez con igual cantidad á la que su compadre gastaba podía ser tan dichoso como él, era para don Aristeo una felicidad tan sorprendente, que por primera vez comprendió todo lo que vale el dinero.

Aunque hubiera querido pasar todo el día, si era posible, al lado de Ketty, le pareció que debía retirarse para no ser molesto.

—Voy á pedir á usted un favor, señorita.

—¿Qué favor?

—Que no sepa mi compadre que he venido á ver á usted; yo vine oficiosamente á avisar á usted que está enfermo; pero no hay necesidad de que lo sepa.

—Bueno, dijo Ketty, Sánchez nunca vie-

ne en la mañana, solo viene de noche y algunas tardes; usted puede venir si gusta.

—Tendré esa satisfacción.

Ketty fué quien alargó la mano á don Aristeo para despedirlo; don Aristeo se apoderó de aquella mano que había estado contemplando por tanto tiempo, y su entusiasmo no conoció límites; se creyó feliz; aquella mano era extraordinariamente suave y aquella presión era extraordinariamente dulce.

Se despidió don Aristeo de Ketty, no sin haber agotado los cumplimientos y galanteorías, y repitió que pronto tendría el honor de volver.

Cuando estuvo en la calle le pareció que acababa de despertar, aunque seguía sintiendo en la mano la impresión de la mano de Ketty.

—¡Decididamente es una mujer encantadora! ¡Vea usted lo que son las cosas, señor! ¡Sí, bien dicen: de nada se puede juzgar por informes verbales, porque uno es que le cuenten á uno, y otro es palpar las cosas! ¡La verdad, ya se comprende cómo

mi compadre lleva ocho meses de estar pagando trescientos duros! ¡Hace bien! ¡muy bien hecho! ¡yo haría lo mismo! ¡Pues no me ha impresionado esta mujer! ¡y yo que la creía un demonio! ¡yo que me escandalicé cuando me contó mi compadre!... ¡Vamos, vamos, esto parece increíble! ¿Y ahora qué le digo á doña Felipa, que me estará esperando con tamaña boca?... ¡Vamos! ya veo que es necesario obrar con reserva, porque si doña Felipa huele que yo..... que en fin, que he cambiado de modo de pensar, se armaría una, que..... ¡Dios me libre!..... Nada; le diré á doña Felipa que esto es obra larga; que he ganado terreno; que las cosas no están mal; y que tenga esperanza de que llegaremos á quitarle á mi compadre el tal quebradero de cabeza; quebradero que, por otra parte, es de todo mi gusto.

Don Aristeo se acordó en aquel momento de las reliquias que llevaba para no caer en la tentación.

Era tarde.







## CAPÍTULO II.

---

### EL TESORO VIRGEN Y LA CAJA VACÍA.

**C**UANDO se acabó el concierto, Chona se retiró á su cuarto. Tuvo muy pocas órdenes que dar á su criada de confianza porque deseaba estar sola; más todavía, deseaba estar á oscuras y no oír ruido.

El silencio que sucede á la música, si este silencio es absoluto, es un gran silencio.

Las imágenes que evocó la música se reproducen: no parece sino que las últimas

notas entregaron á la fantasía la urna cerrada de los recuerdos.

Chona vagaba en esos espacios de creaciones vaporosas, en ese mundo de los sueños; mundo al que apenas los poetas han logrado robarle algunas imágenes que han dejado copiarse.

Había más de éxtasis que de sueño en aquel estado particular en que Chona se encontraba después del concierto.

Quién sabe cuantas horas duraría aquel bienestar, pues es imposible adivinar el momento en que la última rueda de aquella máquina cesó de moverse; porque Chona esa noche no se durmió, sino se perdió en el sueño.

La luz de la mañana ahuyentó las sombras, y con las sombras huyeron las visiones de la noche.

Algo parecido á una contrariedad experimentó Chona al ver la luz.

De entre las blancas ropas salió el brazo de Chona cubierto con una manga con puño de encajes; la mano de Chona, pálida y

tibia, buscó algo en la pared, hasta que tocó con la yema del dedo índice el botón de marfil de una campanilla eléctrica.

Algunos segundos después sintió que abrían la vidriera.

Era su camarera.

Chona, sin abrir los ojos, balbució apenas esta palabra:

—Cierra.

La camarera, sin hacer ruido, acabó de cerrar la puerta del balcón y dejó caer la cortina.

La pieza quedó sumergida en las tinieblas.

La mano de Chona había vuelto á entrar, como un armiño que á la puerta de su madriguera hubiera notado que hacía mal tiempo.

Realmente la mano derecha de Chona experimentaba ya el bienestar que se disfruta al recobrar la temperatura después de un enfriamiento.

Chona quería robarle á aquella mañana fría una hora, para agregarla á la noche anterior.

Chona estaba acostumbrada á salirse en todo con la suya.

Se volvió á dormir.

Dos horas después, el angel del sueño se cansó de darla gusto: Chona abrió los ojos y abrió su pensamiento.

Entró Salvador.

—¿El? pensó Chona y se sorprendió de la eficacia de su visita imaginaria: ¿él? ¿él lo primero en que yo pienso?..... y después de una larga pausa agregó: ¡Qué bien se viste Salvador! ¡Ninguno lleva el frac como él! ¡qué elegante es!.....

—Hoy vamos á platicar mucho... ¿vendrá? Naturalmente; hoy con más motivo, ha de tener deseos de que hablemos de ese señor Sánchez para reirnos de él; ¡pobre señor! me pareció un poco alegre al retirarse.

Volvió á tocar Chona el botón de marfil y volvió á aparecer la camarera.

—¿Abro? dijo ésta.

—Sí.

Apenas penetró la luz, Chona dirigió su primer mirada á su reloj de mesa: eran las

diez. Se apresuró á incorporarse, haciéndose una reconvención para reprocharse su pereza; pensó en que no debía haber dormido tanto.

—¿Pasó usted mala noche? preguntó la camarera con ese acento peculiar del que sirve, ese acento que suple á las salvedades de «usted dispense,» «si no le soy á usted molesto,» etc.

—Sí..... contestó Chona mintiendo.

¿Por qué mentía? Chona era libre para dormir ó velar sin coacción de ninguna especie, y no sabemos por qué creyó necesario justificarse por haber dormido dos horas más.

Chona, con ayuda de la camarera, salió de la cama envuelta en un largo peinador blanco; había metido los piés en unas chinelas de terciopelo acojinadas y con una orla de piel de nutria.

La camarera templó y perfumó el agua, ofreció á su ama elixir dentrífico en un precioso vasito de cristal de roca grabado á buril y con las armas del último imperio;

aquel vasito perteneció á la emperatriz Carlota.

Chona estuvo sola después más de media hora, hasta que la camarera entró con la ropa.

—¿Qué vestido me traes? ¡Ah! ese es un vestido muy triste; no lo puedo ver!

—Traeré otros, dijo la criada, y á poco rato volvió con seis vestidos.

—Ese morado tampoco.

—¿Quiere V. el que trajo ayer la modista?

—Sí.

Era un vestido de gró color de almendra, lleno de flecos y escarolas de un trabajo esquisito.

—¡Ah! dijo Chona examinándolo, tenía razón madama Clara; está enteramente igual al que vino de París.

—Pudiera estar mejor, se atrevió á decir la criada.

Este vestido color de almendra, tenía esos márgenes misteriosos, que son el resultado de un refinamiento no bastante comprendido por todos.

Las mangas no dejaban salir los brazos sino haciéndolos perder sus perfiles en una especie de nube de encajes; así como no dejaba adivinar el pecho sino al través de una vaporosa confusión de adornos exquisitos.

Este vestido, según la expresión de la misma madama Clara, *vestía solo*.

Efectivamente, cualquiera cosa que se hubiera metido dentro de aquel traje, hubiera podido pasar por una mujer.

Chona agregó al vestido un simple aderezo de oro.

—¿Han traído flores?

—Temprano trajo el jardinero de San Angel, cuatro *buqués*.

—¿A ver?

La camarista trajo uno que ya estaba colocado en un jarrón de forma etrusca.

Chona eligió el más grande, el más aterciopelado de los *pensamientos*, y lo colocó entre los rizos de su peinado.

En el cuarto de Chona había una atmósfera pesada, pero impregnada de esencias;

la camarista no entregaba á Chona ninguna pieza de ropa interior, sin haberla perfumado antes con el *pulverizador*.

Salió de allí Chona como una de esas rosas acabadas de abrir, y á las que se cuida de quitarles las espinas y algunas hojas verdes.

Chona estaba irreprochable; y cuando hemos dicho que su edad era uno de sus más íntimos secretos hemos acertado, pues nadie, á juzgar por las apariencias, lo hubiera adivinado; era una de esas organizaciones vigorosas encomendadas á una propietaria que profesaba la higiene por intuición, y que la practicaba escrupulosamente, de la manera más solícita y cariñosa que pueda imaginarse.

A las doce llegó Salvador.

Se dieron la mano y se miraron, y hasta después de una larga pausa, fué cuando Salvador dijo:

—¡Qué bien le sienta á usted la música!

—¿Por qué?

—Porque la música tiene algo, solo para usted.



—Para todos.

—Es inútil la modestia, y sobre todo el disimulo; ha amanecido usted hoy dándole las gracias á Euterpe.

—¡Viene usted terrible!

—Me voy á hacer espiritista.

—¡Ave María Purísima!

—He resuelto volverme loco y ese me parece el camino más corto.

—Hablemos con formalidad: ¿qué le pareció á usted el concierto?.

—¿La verdad?

—Sí, desnuda.

—Le estoy encontrando algo nuevo á todo.

—¿También á la música?

—¡Precisamente! y usted tiene la culpa.

—¿Yo? preguntó Chona con una mirada que borraba las interrogaciones del *yo*.

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Me tiene usted por vanidosa, por fátua?

—No, Chona, la tengo á usted por una mujer de mucho talento.

—¿Ese es su primer síntoma de espiritista?

—Hemos quedado en que hemos de hablar formalmente.

—Convenido.

—Pues entonces comienzo. ¿No ha sentido usted alguna vez el deseo de comunicar á... alguno, á un buen amigo, sus impresiones íntimas? ¿No es verdad que hay veces que se siente uno capaz de describir, de narrar, hasta de pintar ciertas situaciones?

—Sí, es cierto.

—Pues bien, entonces es cuando está uno solo, sin nadie que lo escuche, sin nadie á quien regalarle un ramillete de pensamientos que vuelve uno á guardarse con tristeza: ¿es cierto?

—Sí, Salvador.

—¿Cambiamos ramilletes?

—Sale usted perdiendo; el mío es un ramo marchito.

—¿Marchito? el pensamiento que tiene usted en el peinado no es más puro que los que están adentro.

—Sí, es cierto, Salvador, no es más puro; pero mis pensamientos son tan tristes!.....

—¿Y qué, los míos serán alegres?

—Puede.

Tanto á Salvador como á Chona les pareció que habían llegado al término de un camino y retrocedieron.

—¿Por qué se calló usted, Chona?

—Me volví.

—Ya estábamos cerca.

—¿Verdad?

—Pues yo quiero llegar hasta el fin.

—¿Para qué?

—Para dejar para siempre el mundo en que he vivido hasta ahora; porque allá á donde íbamos llegando hay otra vida, otro modo de ser; y ó conquisto esa vida, ó tiro ésta que tengo y que para nada me sirve.

—¡Salvador! ¿qué es eso? ¿Se vuelve usted impío?

—Impío no; cuando más llegaría á ser incrédulo.

—¿Son los espíritus los que hacen eso?

—En medio de un mundo de materia no hay más que un espíritu: el de usted.

—Ahora me toca á mí ser incrédula.

—No tiene usted razón. Usted es capaz de adivinarme y sabe usted tan bien como yo que no miento.

—Por lo mismo lo he creído á usted siempre.

—Menos ahora.

—Menos ahora, porque es usted otro.

—Sí, me ha vuelto usted otro.

—¿Tan pronto?

—Media hora basta para hacer día la noche.

—¡Pero usted, Salvador!

—Yo.

—¿Y París? ¿no me ha dicho usted que allí lo dejó todo? que París es una novia que está usted obligado á cargar asida de su cuello por todas partes y para siempre?

—¿Y si no fuera por eso, cree usted que yo podía haber hallado á usted en el mundo? ¿podría saber lo que usted vale, si antes no hubiera comprendido lo que valen

las demás mujeres? Para que usted quepa en mi corazón, es preciso que allí no exista nada. Supongamos que mi corazón es un campo talado, que es un desierto; solo así puede usted caber en él.

—Ha cumplido usted su palabra, llegó usted hasta el fin. Ahora reflexionemos.

—Ya sé lo que me va usted á decir.

—Entonces.....

—¡No sea usted cruel!

Salvador dijo esto de un modo que reveló la más profunda emoción, y reinó en seguida un largo silencio.







### CAPÍTULO III.

---

EL TESORO VIRGEN CABE DENTRO DE LA  
CAJA VACIA.

**P**OR qué hemos de retroceder, Chona, en nuestra pendiente? si somos los Sísifos del destino, luchemos.

—¿Contra quién?

—Contra el mundo.

—¿Contra el deber?

—Contra todo.

—Y cuando hayamos triunfado, cuando hayamos logrado romper todos los lazos; ¿qué encontraremos?

—¡La felicidad!

—¿Qué felicidad? ¿usted cree en eso?

—Por la primera vez.

—¡Ay! ¿de qué ingredientes tan raros se compondrá esa felicidad en que cree usted tan tarde?

—Se compone de esencias vírgenes, de eflúvios desconocidos, de intuiciones jamás sentidas por nadie; se compone de usted..... ¡Ah! si la juventud tuviera una crisálida en que esperar el estío, ¡qué suma de amor! ¡qué tesoros de poesía! ¡qué fuego podría ofrecer la mujer redentora entonces, verdadera copa de miel, verdadera reina!.....

—La juventud de hoy, Chona, es un ramillete de flores en miniatura; las jóvenes son flores que apenas brotan se marchitan; apenas se abren se asemillan; su vida es de un día; viven aprisa; se precipitan para llegar á un fin, y mueren antes de haber vivido con el alma, con el amor; esos ejemplares totalmente botánicos, pueblan este mundo, y nosotros los jardineros, los hombres, alfombramos nuestro camino con pétalos, con



insuficiencias, con embriones y nos fastidiamos.

—Pero usted!... ¡Ay Chona! allá en el fondo de su alma está un sagrario de amor; está un tesoro de felicidad; está algo que por inmaterial, que por infinito no está tocado, porque todos los hombres á su vez han sido para usted pétalos; han sido también flores, más que prematuras, raquílicas, si es que no han estado envenenadas desde su primera generación.

—¿Usted cree que acabó en mí todo? lo mismo creía yo, pero para tocar ese símbolo de eternidad que usted encierra en su amor, no se necesita el caudal que se ha despilfarrado en flores; se necesita de otra virginidad compatible, de un caudal de reserva que ninguna mujer ha osado tocar, porque ninguna mujer se parece á usted en el mundo.

—¡Qué más! siento en mí la redención; mi alma brota de mis ruinas y renazco á una vida nueva, espléndida, eterna; vida cuyas puertas sabe usted abrir con una sonrisa;

vida que está más allá de todas las miserias, de todas las trabas, de todas las rémoras humanas. ¿No es verdad que soy otro?

—Ayer, quiere decir, cuando nos conocimos, halló usted en mí la ruína de fútiles prodigalidades, la caja vacía de los juguetes del alma; hoy al transformarme encuentro yo mismo, que lejos de haber perdido lo que lloraba, no he hecho más que tirar la basura para guardar las flores; la vida moral del hombre bien puede ser solo un crepúsculo, pero si el hombre encuentra un sol puede vivir en pleno día. ¡Usted es mi sol!

Chona oyó á Salvador, pero lo oyó no como el juez, ni siquiera como el interlocutor; Chona se perdió asida á las alas de la fantasía de Salvador; había perdido la facultad de analizar, y mientras Salvador hablaba, Chona lo seguía en su viaje fantástico, como había seguido en la noche anterior el impulso de sus sueños, sin esfuerzo, sin resistencia.

En una situación semejante, la cesación de la palabra es un abismo, y no parece

sino que la verdad magestuosa y severa, no se presenta sino en ocasión solemne para hacer comprender todo su prestigio.

Bastó una pausa, bastó el silencio, para que el espíritu de Chona, que se había elevado como un aereostato al impulso del fuego de Salvador, descendiese lentamente hasta tocar el frío asiento de la verdad.

—¿Por qué calla usted, Chona? le preguntó Salvador presintiendo la transición.

—Porque tiemblo.

—¡Temblar! quién osaría detener mi pensamiento! ¿quién me impediría tocar una felicidad que me pertenece?

—El deber, Salvador.

—¡El deber! ¿y quién traza ese deber? ¿qué ley es ésa de tan raquíticas proporciones?

—¡Salvador, usted delira!

—No, Chona, raciocino; y si no estuviera colocado en el terreno de una insuficiencia, de una anomalía, me creería sin derecho para robar una paz que no podría devolver. Dígame usted que ama á Carlos; dígame

usted que Carlos la ama á usted; pruébeme usted que es feliz; enséñeme usted la flor de su alma abierta, lozana, pura, y dígame usted: este es el fruto de mi amor; esta es mi dicha; dígame usted todo eso y me reprocharé á mí mismo mi conducta, y avergonzado huiré de usted; pero si usted no ha amado nunca, si no ha sido amada, si no es usted feliz, nadie que yo sepa tiene derecho de exigir de usted un sacrificio estéril; no hay deber que, sin ser contrario á la naturaleza, pueda pedir á una mujer que no tenga corazón; ni habrá ley que me obligue á no sentir por usted lo que siento.

—¡Salvador!.....

—Tiembra usted delante de la luz, delante del amor, y no ha temblado usted algunos años matando en embrión sus ilusiones. No ha temblado usted en medio de las tinieblas de una unión fría y forzada como una cadena de hierro.

—Sí; pero esa cadena es indestructible.

—Todas las cadenas se rompen.

—Con el precio de la infamia.

—No: de la libertad.

—¡Libertad! no pronuncie usted esa palabra que nunca he visto aplicada sino al libertinaje, que no he oído evocar más que á los esclavos de sus propias miserias!

—¿Acepta usted su condición de esclava?

—De mi deber, sí.

—¿Cuál es ese deber?

—No amar á nadie.

—¡Error! ¡error! ¡no amar á nadie! ¿Por ventura me aborrece usted, Chona?

—No, todo lo contrario.

—Usted me ama. No la creo á usted capaz de mentir, ni de engañarme.

—¡Es cierto!

—¿Y quién ha sido capaz de impedirlo? ¿qué deber es ése de que usted me habla, que pueda ser superior á esa espontaneidad? ¿Ese formidable deber, ese centinela avanzado, osó siquiera presentarse anoche á turbar el éxtasis á que la entregó á usted la música? ¿Se atrevió ese cancerbero á acercarse al lecho de usted para turbar su sueño? ¿Ese deber no se ha callado cobar-

demente, mientras usted pensaba en mí, mientras veía usted mi retrato?

—¿Usted sabe?.....

—¿Qué, que ha contemplado usted mi retrato? sí; lo sé, porque yo á la sazón veía el de usted y el retrato de usted me hablaba; sobre me he vuelto espiritista.

Esta vez no se rió Chona, estaba vencida.

De los ojos de Chona se desprendía una lágrima.

—¡Chona! exclamó Salvador lleno de entusiasmo; ¡Chona! repitió como en actitud de caer á sus piés; esa lágrima es el bautismo del amor: esa lágrima consagra nuestra unión eterna; esa lágrima es de amor.

Salvador iba á tomar entre las suyas una mano de Chona; pero ésta apenas comprendió el movimiento, se levantó de su asiento como movida por un resorte y se apartó de Salvador.

Había en el semblante de Chona un gesto tan aristocráticamente amargo, que Salvador sintió rebelarse todo su orgullo, se sintió herido profundamente y á su vez se

levantó, pero no con altivez; estaba pálido como en el momento que precede á la muerte: se hubiera podido juzgar por su semblante, que realmente acababa de recibir una herida en el corazón.

Ante aquella palidez Chona no pudo sostener su mirada, y tuvo un momento de horrible angustia.

Se apoyó en el respaldo del sillón.

Salvador estaba inmóvil.

Sonó la campana del reloj, y esta vibración repentina fué como un toque eléctrico; Chona y Salvador la sintieron en todo su cuerpo.

Chona extendió el brazo para indicar á Salvador la hora que apuntaba el reloj.

A aquella hora subía Carlos.

Simultáneamente y en silencio, Chona se dirigió á las piezas interiores y Salvador salió de la sala.

Cuando Chona estuvo sola, cerró las puertas y avisó que no la molestaran: pasó dos horas en silencio y á oscuras; solo que aquellas dos horas difirieron completamente de

las otras dos que había dedicado en la mañana á sus ensueños.

La figura de Salvador, tan interesante y tan buen mozo, se le presentaba á la imaginación con aquella palidez mortal, con aquel aspecto de atonía y de dolor en que lo había contemplado el último momento; aquella palidez tenía para Chona, no sabemos qué alta significación que la preocupaba de una manera horrible.

—Lo he lastimado profundamente, decía Chona; he sido muy cruel ¡inútilmente cruel! ¡qué transición tan dolorosa! ¡él estaba lleno de pasión, lleno de entusiasmo, sí, porque Salvador me ama, me ama aunque no me lo dijera, y me ama de una manera superior á cuanto podía yo figurarme..... y yo..... yo me he levantado de mi asiento como ofendida por un lacayo; ¿por qué hice eso? ¿por qué se sublevó en mí tanto orgullo y tanta altivez? El no hubiera sido capaz de nada, iba á acariciarme tal vez sin pensar que me ofendía ¡pobre Salvador! El tan orgulloso, tan mimado, tan querido, pa-





*Salvador estaba inmóvil.*



reció que se había quedado sin sangre, y todavía así, no se atrevió á decirme que lo había yo herido..... ¡pobre Salvador!.....

—Pero bien, ¿qué debo hacer? él tambien sabe que lo amo, me lo dice, lo conoce, lo ha conocido ya y juntos estamos al borde de un precipicio.

—Ese precipicio es el crimen... ¡Adúltera! ¡qué fea palabra! ¡qué horrible idea!..... ¡el crimen!..... ¿yo criminal? ¿yo confundirme con esas gentes á quienes siempre he denigrado? ¿yo ser una de tantas mujercillas ligeras, vanas, corrompidas y locas?... ¡ah! no; jamás, jamás; yo sabré ocultar mis sentimientos, yo recurriré á..... á la medicina; ha de haber algo contra esta especie de envenenamiento..... debe haber oraciones contra este pecado....., debe haber métodos contra estos accesos..... ¿y quién me podrá dar ese remedio? basta mi voluntad..... ¿y si sucumbo, y si mi resistencia determina una catástrofe, porque Salvador es capaz de todo? Veo que su vida está pendiente de mis labios; hoy creí que iba á caerse muer-

to..... si mañana me encontrara severa, fría, altiva..... Las gentes dicen que tengo altiveces insoportables, me han dicho que parezco reina; esto puede ser cierto, debo estar odiosamente grave cuando me revisto de todo mi orgullo, cuando dirijo una de mis miradas de desprecio..... ¡Ah! pobre Salvador!..... pero si por docilitarme me dejo llevar y cuando menos lo piense estoy ya en la pendiente resbaladiza que conduce al crimen?... Si llega un momento en que no puedo retroceder?..... ¡Ah! no, eso jamás— yo puedo ser en todos casos dueña de mí misma, y si encuentro un hombre sabio, un hombre que me sepa aconsejar, un sacerdote virtuoso..... con esa ayuda seré doblemente fuerte, de esa manera podré luchar y acaso sin dar lugar á nuevas faltas y sin exasperar á Salvador, saldré triunfante en esta lucha terrible que se ha empeñado ya. Sí, sí, ánimo, ánimo! porque la más pura, la más grande de las satisfacciones de mi vida, será la de haber triunfado de una seducción que se presenta á mis ojos

con tantos atractivos, con tantos encantos.

Esa tarde necesitó Chona respirar otro aire que no fuera el de su estrecha habitación.

Era una tarde de diciembre, el cielo estaba entoldado con una capa cenicienta y uniforme, y la naturaleza yacía en esa calma triste del invierno en la que las hojas de los árboles, como si estuvieran muertas, dejan que el polvo las cubra y permiten indiferentes que los insectos extiendan sobre ellas sus telas, que á su vez recogen y aprisionan grupos de hojas secas que se alejaban, y que, como los fragmentos carnosos de una momia, le quedan por atavíos al esqueleto; había algunos árboles horribles ostentando sus desnudos varejones, y en algunos recodos esas informes masas negras compuestas de hojas secas envueltas en telas de araña; cloacas que quedaron como último albergue á muchos insectos sorprendidos por el frío y por la desolación.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de

pieles y se hizo conducir en uno de sus coches al paseo de Bucareli, arrellenada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé inglés negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisones negros también.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habían adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

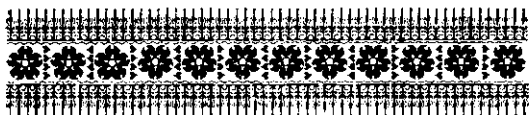
—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al chico.

—¡Cómo está tan ovachón!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa después de la oración.



## CAPÍTULO IV.

---

DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

**C**UANDO llegó don Aristeo á la casa de Sánchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á don Aristeo.

—Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué mujer!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una mujer más linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no una divinidad, es una exageración; pero sí es el diablo más hermoso que he visto.

—No entiendo.

—Figúrese usted una mujer con un pelo como de angel; ¡Ave María Purísima! ya vuelvo á hacer estas comparaciones inconvenientes.

—Vea usted, don Aristeo; yo comprendo perfectamente un diablo bello. Luzbel era el ángel más lindo y ahí lo tiene usted ahora con cuernos.

—Me parece muy buena la comparación, doña Felipa; pues figúrese usted á Luzbel hembra, allá cuando todavía era angel bueno.

—Sí.

—Pues ahí tiene usted á Ketty.

—¿Así se llama?

—Sí; vaya usted á ver, hasta el nombre es raro; yo no conozco á ninguna Ketty.

—¿Y bien vestida?

—No me diga usted, estaba..... lo que se



llama..... figúresela usted..... así de una manera..... en fin..... verde!

—¿Verde?

—Verde, doña Felipa, como una esmeralda, y con unas manos..... ¡qué manos!....  
¿Ha ido usted á la Academia?

—¿De San Carlos?

—Sí.

—¿Ha visto usted la Vénus de mármol?

—La ví con el rabo del ojo.

—Pero en fin, le vería usted siquiera las manos.

—Sí..... y algo más, el pecho.

—Pues haga usted cuenta que Ketty tiene las manos y el pecho de la Vénus de la Academia.

—¿Es posible?

—Y si le digo á usted que mejores, no le miento.

—¿Y qué idioma habla?

—Como usted y como yo, castellano.

—¿Conque entiende?

—Perfectamente.

—¿No es necesario gritarle ni hacerle señas.

—No, qué gritarle, si es vivísima.

—¿Y de donde es?

—Nació en Francia, pero ha vivido viajando.

—¡Que mal gusto!

—¡Quite V. allá, D.<sup>a</sup> Felipa! que mal gusto! si viera V. cómo ha gozado esa mujer!

—¿Oiga?

—Sí, viajando se goza mucho.

—¿Y los ladrones?

—Por allá no hay ladrones.

—Eso dicen.

—Es un hecho, y además se viaja en vapor.

—Bueno, bueno; pero vamos al grano: ¿qué hizo usted?

—Pues yo..... almorzar.

—¿Cómo, es posible?

—Quiero decir, ella me dijo:—Toma usted el *lunch*? y yo le dije:—*tomaré el lunch*, por parecerme que..... en fin, puede ser que estas extranjeras que son tan raras, tomen

á desaire ó á mala crianza que uno no acepte el *lunch*.

—Hizo usted bien entonces; ¿y comería usted cosas raras?

—No, un queso amarillo.

—¿Y qué más?

—Había un jamón exquisito; de buena gana le hubiera traído á usted una lonja.

—¡Dios me libre! Pero á todo esto ¿qué hizo usted de provecho?

—Pues hice... en fin, preparar el terreno, eso es obra larga, doña Felipa.

—¿Y usted cree que conseguiremos?.....

—Sí, lentamente, lentamente yo iré mirando y con paciencia.....

—Pues Dios lo haga!

—Esperamos en su misericordia infinita, que hemos de salir con bien de esta empresa, que es como si dijéramos la extirpación de un espíritu maligno.

—Pero..... permítame usted que sea curiosa, Don Aristeo: ¿realmente es una mujer que valga la pena, ó que de alguna manera sea disculpable el hombre que.....

—Vea usted, doña Felipa, ya usted me conoce, ya sabe usted que yo soy un hombre de aplomo.

—¿Y qué.....

—La verdad..... disculpo á mi compadre, dijo bajando la voz; se entiende que en términos hábiles, no por supuesto como materia de conciencia, pero en fin, así tiene al menos la disculpa de la hermosura.

—¿Conque es mejor que Amalia?

—Con terciá y quinta.

Esta conversación se prolongó por mucho tiempo entre don Aristeo y doña Felipa, y subieron de punto la animación y los comentarios desde el momento en que doña Ceferina, deseosa de saber lo que había pasado cambió el turno de sus visitas á fin de averiguar el resultado de la entrevista de don Aristeo con la cocota.

Doña Ceferina ofreció, por su parte, andar una nueva novena á cierto santo de su devoción que ya en ciertas ocasiones la había sacado avante en asuntos más intrincados y difíciles.

Don Aristeo manifestaba estar en todo de acuerdo con las viejas; pero en realidad, lo único que deseaba era seguir poniéndose en comunicación con la cocota, cuya imagen tenía grabada en la mente de una manera persistente é inusitada.

Cuando don Aristeo estuvo solo, experimentó cierto placer en entregarse de lleno á sus reflexiones, al grado que aquella noche, sin saber cómo, se durmió bien tarde, sin haberse acordado de rezar sus devociones; omisión que notó al despertar y cuya deuda (en obsequio de sus buenas costumbres debemos decirlo) pagó con religiosa escrupulosidad.

—Después de todo, pensaba don Aristeo, esas mujeres, prescindiendo del infierno que se mamarán después, son felices; siempre amadas, siempre llenas de comodidades y cambiando de propietarios según las latitudes.

—Una mujer de éstas, no puede menos que no tener corazón, ó tenerlo organizado de una manera que se acomode fácilmente al

cambio frecuente de amantes, que aunque no sean buenos mozos ni hombres de atractivos irresistibles, como mi compadre, tengan sin embargo lo bastante para proporcionales esa suma de comodidades de reina.

—¡Ay! en mi tiempo no había cocotas; pero todo ha adelantado; bendito sea Dios, esta civilización europea ha de acabar completamente con nuestras buenas costumbres.

—¡Vaya con mi compadre, y qué buenos ratos ha de haber pasado! eso sí, por su dinero; pero bien visto, esta es una cosa de la civilización, está muy bien pensada digo, no tratándose de católicos, porque yo creo que en lo general los amantes de esas señoras no han de ser católicos. Mi compadre es cierto que lo era, pero está completamente cambiado; es cosa que ya no se le puede hablar de santos ni de nada de eso, sin que se ponga á decir cada disparate del tamaño del mundo.

—Si yo tuviera la conciencia un poco ancha; si por un poco de tiempo pudiera so-

focar los avisos de mi razón y de mi moralidad, estoy por decir que pretendería que mi compadre se desprendiera de la cocota, y á mi vez ensayaría yo un par de meses... no, es mucho, siquiera una quincena; haría de cuenta que soy rico y viviría un poco en esa atmósfera de placer.... ¡Qué barbaridades estoy pensando, señor! ¿qué es lo que me ha sucedido? ¡Dios mío! ¡lo que puede una mala compañía! me ha bastado ver á esa mujer de mis pecados, para preocuparme hasta el grado de..... vamos, vamos, es necesario tener un poco de juicio, porque ni mi edad, ni mis circunstancias, son á propósito para meterme en esos devaneos.

—Si yo tuviera siquiera dinero, ya sería otra cosa, porque bien claro me dijo esa mujer que *si yo tenía minas* bien podía viajar con ella. ¡Oh! y lo que es esto, sí lo sostengo, porque no faltaba más, sino que después de todo tuviera yo que sufrir un desprecio de esa mujer cuando se enterase de que soy pobre; porque supuesto que para estas diablos lo único que vale es el dinero y no sa-

ben apreciar ninguna otra virtud, es necesario que siga creyendo que tengo minas.

—Y por otra parte, bien podría sostener el papel de rico; al menos por cierto tiempo; todavía me queda algo en Oaxaca, y vendiendo mi casa, me alcanzaría para algo; eso sí, solo para hacer el papel de minero por algún tiempo y para que esa mujer no me coja en mentira.

—Y ahora que me acuerdo, mi compadre está apurado, su situación financiera es de las más desesperadas; sus despilfarros lo están conduciendo á grandes pasos á la mas completa ruína, y ni él ni yo habíamos pensado en que tal vez mi casa de Oaxaca que para nada me sirve, podía ser un buen medio, tanto para que él salga por lo pronto de su situación comprometida, cuanto para que yo entre en posesión de algo de lo que me pertenece. Decididamente le hablaré á mi compadre y la ocasión me parece oportuna.

Acto continuo don Aristeo entró al cuarto de Sánchez.



—Buenos días, compadre.

—Don Aristeo, felices; ¿qué milagro?

—Hombre, he tenido una idea.

—Veamos, compadre.

—¿Se acuerda usted de mi casa de Oaxaca?

—¡Vaya si me acuerdo! sobre que me escribieron hace un mes para ver si se promovía de nuevo el asunto.

—Pues en eso he pensado anoche, compadre, y si usted quiere podríamos proponer la transacción y que se venda la casa.

—Eso debía usted haberlo hecho hace dos años.

—Pero qué quiere usted, compadre, todos tenemos nuestros caprichos.

—Vamos á ver, le compro á V. el negocio.

—¿Al contado?

—Pero compadre, V. sabe bien como estoy.

—Pero es que para seguir perdiendo, me parece una racional compensación recibir en efectivo.

—Eso es muy difícil, pero por fin veremos; con tal que pudiéramos combinar las cosas de manera que yo á mi vez saliera

también de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiría á usted dinero á toda costa.

—Pero si usted puede, solo queriendo, disponer de trescientos pesos mensuales.

—¡Ah!..... sí..... dijo Sánchez.

—Pues bien, me conformo con esos trescientos pesos mensuales y el resto al término del asunto.

—Quiere decir, á la venta de la casa.

—Bien, sea entonces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica á su tranquilidad, es esa señora..... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruína y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no dá un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones.....

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio á ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.



## CAPÍTULO V.

---

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á  
SEGUIR LOS PASOS DE RICARDO,  
DE AMALIA Y DE LA CHATA.

**P**ERDÓNENOS el lector, si por algún tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por vía de reparación hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo había logrado hacer la más fácil de todas sus conquistas, pues á la verdad no había puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.

Lo primero que Ricardo notó en Amalia, fué esto:

Era muy franca, tenía no sabemos qué especie de ingenuidad que contrastaba de una manera original con la circunspección que era de esperarse en mujer de cierta edad.

Tras de estas ingenuidades sorprendentes esconde la mujer una tela tan complicada de peripecias, que el hombre, astuto y todo como Dios lo ha hecho, traga el cebo como cualquier salmón.

A Ricardo le cayó muy en gracia la sencillez de Amalia, y creyéndose hombre de mundo, pensó haber dado con una perlita oculta en materia de corazón.

—Amalia es muy sencilla, exclamaba; ya se vé, se ha educado en el colegio de las Vizcainas y casi de allí salió para unirse con Sánchez.

Ricardo no sabía todo lo que podía caber en aquel *casi* ni en aquella sencillez.

Otras veces decía Ricardo:—Amalia es un brillante montado en estaño: el estaño es Sánchez. Y muy contento con este simil,

que le parecía en extremo adecuado, se daba el parabien de haberle tocado en suerte ser el platero, que aprovechando aquella piedra preciosa, que se llamaba Amalia, le confeccionara una montadura digna de ella; en cuyo caso Ricardo modestamente resultaba de oro.

A Amalia le bastó la danza aquella para comprender que había encontrado su media naranja.

Sabemos ya el resultado de la primera visita de Ricardo, y no habíamos vuelto á ocuparnos de él, sino en el momento en que Sánchez lo sorprende al lado de Amalia la noche del té de Carlos.

Veamos, por lo tanto, lo que pasó en la segunda visita de Ricardo.

Era de noche.

Amalia estaba en su terreno: la lámpara de mesa tenía encima, á guisa de velador, un verdadero kiosko de flores artificiales: la luz, por lo tanto, era dulce, á propósito para endulzarlo todo, especialmente una flor crepuscular como Amalia.

Amalia estaba vestida de color de rosa; parecía una *rosa-reina*: su vestido tenía muchos volancitos como para figurar ese agrupamiento de pétalos encarrujados y oprimidos que acusan exhuberancia y feracidad, y al mismo tiempo sirven para dejar escapar el aroma del cáliz.

A falta de éste, la mujer recurre á Escabasse, ó á Cataño, que en materia de perfumes acaba de recibir primores. Amalia tenía aromas del Japón, esencias, pastillas, cremas, jabones y cuantas drogas de esta especie se han inventado contra las exhudaciones y demás miserias humanas.

Amalia estaba además parada sobre las puntitas de los piés; lo cual, estéticamente, suprimía, en la idea al menos, no sabemos cuántas libras de peso á su humanidad.

Estaba parada sobre unos tacones terminados en punta, y que hacían el efecto de arquear el pié de Amalia al grado de dejar pasar la luz y el aire por el más provocativo de los puentes.

Amalia vivía sobre dos paréntesis.

Así estaba esperando la segunda visita de Ricardo.

Ricardo, por su parte, estaba entrando por las horcas caudinas de la presunción.

El rey de la creación, es decir, el hombre, es muy curioso bajo este punto de vista.

Tan luego como Ricardo se sintió enamorado, pensó más en sí mismo; nada más natural en el personalísimo asunto de amar y ser amado.

Ricardo frente á su espejo se pasó revista, como para medir de un golpe toda la suma de poder magnético con que pudiera contar.

Encontró suficientemente ensortijado su cabello, sedoso y peinado el bigote y bien crespas su par de patillas que, en lugar de juntarse en la barba, se separaban allí con el objeto de dejar visible el cuello y la corbata, que es la suprema coquetería del hombre, y despues de abrirse, traían no sabemos qué reminiscencia imperialmente aristocrática.

Ricardo estaba contento de sí mismo;

Salín había sabido pintarle un chaleco y un gabán de mucho gusto, y Minard le había hecho unos botines que realizaban el tipo del pié mexicano; pié por el que Amalia se salía de sus casillas.

Ricardo se puso unos guantes bismark que comprimían los músculos de la mano, al grado de hacerla inverosímil: las manos de Ricardo perdían con aquellos guantes la tercera parte de su volúmen y las dos terceras de su utilidad, pero resultaban unas manos muy bonitas.

Ricardo se perfumó la boca, la ropa y el pañuelo; se puso un sobretodo color de haba, debajo del cual colocó en el cuello un pañuelo de cachemira blanco, y se dirigió á la casa de Amalia.

Amalia le sintió los pasos.

—¡Ahí está ya! dijo para sí, y se adelantó para recibirlo en la puerta.

—¡Amalia!

—¡Ricardo!

No se dieron la mano, sino las manos.

Se miraron, se sonrieron y entraron.



Ricardo se desabrigó y se sentó junto á Amalia.

—¿Ha pensado usted en mí? Amalia.

—Mucho ¿y usted?

—No tengo otra imagen en la memoria: ¿puede uno ver á usted una sola vez y olvidarla en seguida?

—Es usted muy galante.

—Ya hemos quedado, Amalia en que somos francos, yo no sé mentir ¿me cree usted?

—Sí, lo creo.

—Me ha interesado tanto la historia de usted y su situación actual, que estoy verdaderamente preocupado.

—Por mi parte..... ¿le digo á usted lo que pienso?

—Todo, Amalia, sin callarme nada.

—Pues bien..... pienso en que hace mucho tiempo que somos amigos; le sucede á uno con personas tan simpáticas como usted, que apenas las acaba de conocer, las cree amigos viejos, por eso me inspira usted tanta confianza.

—Gracias, Amalia, es usted un primor.

—Y me parece, continuó Amalia, que ya no estoy sola en el mundo, que ya tengo un sér que se interese por mí; que ya tengo á donde volver los ojos; que ya tengo un hermano.

—¿Me ama usted como hermano, Amalia?

—Sí, Ricardo; como un hermano, como un hermano muy querido.

—¿Nada más como á hermano?

—¿Qué más quiere usted?

—Es cierto, ¿á qué más podría yo aspirar? pero.....

—¿Pero?

—Soy muy ambicioso y deseo que me quiera usted más que á todo el mundo.

—No amando á nadie, bien puede ser un hermano el sér á quien más se ame en el mundo.

—Es cierto, pero.....: tiene usted un hermano muy celoso.

—¿Celoso?

—Sí, muy celoso; celoso como Otelo, porque me atormenta pensar.....

—Esté usted tranquilo, Ricardo, bastante debe usted comprender, porque tiene usted mucho talento, que entre Sánchez y yo.....

—Hay un abismo, agregó Ricardo, pero un abismo oscuro, y sobre todo que me hace sufrir.

—¡Qué quiere usted! esa es nuestra suerte y crea usted que si no tuviéramos la compensación.....

—¿De nuestro cariño?

—Sí.

—Me moriría de pena.

—Entonces acabemos de una vez, rompamos ese falso lazo, emancítese usted.

—¡Ricardo!..... ¿y mis deberes?

—¿Y qué? siendo la base de estos deberes solo la voluntad, cuando ésta cesa....

—No obstante, Sánchez dice que somos tan casados como todos, porque no hay más matrimonio que el de la voluntad.

—Creo que se equivoca el señor Sánchez, al menos si en sociedad la ley es todavía ley.

--Dice que nada importa la bendición de un cura ni la farsa del registro civil.

—No pienso como el señor Sánchez; la prueba es que si nada importa todo eso ¿á quien ocurriría para arrancarla á usted de mis brazos? El señor Sánchez cree que tiene todos sus derechos garantizados, pues lo desafío á que la separe á V. de mi lado, y supuesto que la mujer es del más fuerte, ni más ni menos que la leona ó la loba, vámonos, Amalia, vámonos, y en teniendo un revólver debajo de la almohada, habremos encontrado nuestro registro civil de cinco balas, nuestra bendición nupcial á la Remington, y entre sus derechos y los míos, no habrá ninguna diferencia.

--¿Y la sociedad?

—La sociedad sancionará por segunda vez, el hecho es el mismo, la sociedad la misma, la forma idéntica; tiene razón el señor Sánchez, para nada sirve la bendición de un cura y el registro civil es una farsa; vámonos, Amalia.

—Está usted terrible.

—No: lógico.

—Loco.

—Enamorado.

—¿De veras?

—Como un bárbaro.

—¡Cuidado!

—¿Con quién? solo una cosa pudiera yo temer.

—¿Qué?

—Que usted no me ame.

—¿Duda usted?

—A veces sí: en este momento dudo.

—¡Ingrato!

—Al contrario, si no fuera yo tan agradecido, la amaría á usted menos.

—Entonces no debe usted dudar.

—Dudo porque la amo á usted más cada día, y como mi amor crece, ve pequeño el de usted.

—Eso es porque me faltan las alas.

—Esas sólo pueden nacer del corazón.

—¡No! no! no! exclamó de repente Amalia haciendo un guiño pueril y dando palmaditas á Ricardo en la rodilla.

Ricardo se apoderó de la mano y Amalia exclamó:

--Juicio, señor mío, juicio; no se le permiten á usted esas libertades.

Amalia sabía abusar de estas transiciones; del fondo de la más grave de las cuestiones, descendía á la puerilidad y á la broma.

--¿Le gusta á usted mi vestido? preguntó de repente á Ricardo con el candor de una niña.

--Sí, contestó maquinalmente Ricardo.

--Ni lo ha visto usted bien, ni cuidado ha puesto; ya se vé, todo lo que tengo es tan feo!

--¡Es hermosísimo! dijo Ricardo volviendo de su distracción, parece usted una rosa de Castilla.

--Tengo seis vestidos color de rosa.

--Usted tiene cien primaveras cada día.

--¿Qué color le gusta á usted más? ¿el color de rosa ó el azul?

--El color de rosa.

--A mí también.

Ricardo estaba visiblemente contrariado;

pero si no entraba de lleno al terreno de las frivolidades, Amalia tomaba por lo serio sus abstracciones y reñía. Era necesario darla gusto.

—Es muy lindo su vestido de usted, muy lindos sus piés, muy lindos sus ojos é incomparable todo lo que le pertenece, y por último, yo no puedo permanecer al lado de usted impasible, ni me puedo conformar con el papel de hermano. Mientras más hermosa me parece usted, me siento con menos fuerzas para luchar con una contrariedad que me está torturando horriblemente el alma; porque la amo á usted con todo mi corazón.

—¿Sabe usted que es muy serio lo que me está usted diciendo?

—Ya lo creo que es serio, y tanto, que estoy resuelto á todo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, á todo.

—¿Es posible?

—Haga usted la prueba.

—Vamos, señor loquito, señor enamora-

do, señor fogoso; tenga usted entendido que yo lo quiero mucho, que somos el par de amigos más tiernos que hay bajo las estrellas.

—Entonces.....

—¡Calma, hermanito mio, porque no he concluído! somos lo que se llama dos pichoncitos, pero al mismo tiempo soy una mujer honesta que sabe cumplir con sus deberes; sí, señorito, y soy por lo tanto incapaz de hacer locuras.

—¡Amalia! ¿habla usted formalmente?

—Sí, señor.

—Quiere decir que me he equivocado, que soy un mentecato, que he podido tomar por amor lo que no era más que.....

—Siga usted, siga usted..... no se arrepienta; que es seguro que va usted á ofenderme, que es lo que merezco por ser ingénuo, por decir lo que siento, por no ser hipócrita. ¿Iba usted á decir que no lo quiero, no es verdad? ¿Por qué no inventa usted de una vez que lo aborrezco? Eso es quedarse por corto y cuando se trata de



abusar de la debilidad de una mujer, ustedes los hombres se pintan solos para dejar á uno lo más mal parada que pueda imaginarse.

—¡Amalia! ¿qué está usted diciendo?

—Verdades, sólo verdades; ya no puede uno decirle á nadie que le tiene cariño, sin que sean interpretadas sus palabras, sin que la tengan á uno por una coqueta.

—¡Amalia! ¡Amalia! tenga usted la bondad de no continuar.

—Eso es! ¿tampoco tengo el derecho de defenderme?

—¿De defenderse de qué?

—¿Cómo de qué? de sus ataques de usted, de sus injusticias, ¿de qué ha de ser?

—Amalia ¿me permite usted que me explique?

—Sí señor, le permito á usted todo lo que quiera, ya no hablo; le ofrezco á usted no despegar mis labios en toda la noche.

Reinó por un momento el silencio, Amalia tomó la actitud de una persona que se resigna penosamente á escuchar, y Ricardo en cuya imaginación rodaba todavía el tor-

bellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestión con medida y aplomo; circunstancia que nos obliga á continuar esta materia en otro capítulo.





## CAPÍTULO VI.

---

EN EL QUE SE VE QUE LA JAMONA SABE  
MÁS DE LO QUE LE HAN ENSEÑADO.

**A**MALIA! exclamó solemnemente Ricardo: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije á usted, continuó Ricardo, que la amaba, porque..... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó..... más todavía.

—¿Más? preguntó Amalia, á pesar de haberse propuesto no hablar.

—Más, Amalia: me apretó usted.....

—¿Yo?

—La mano.

—Y usted interpretó mi apretón, ¿de qué manera, no me hace usted favor de decirme?

—Me pareció que con eso me manifestaba usted.....

—¿Qué?

—Que no le era yo indiferente.

—¡Ah! yo creí que iba usted á decir otra cosa.

—No, Amalia, nada más eso. Después me mandó usted llamar con la Chata.

—Es cierto.

—Para decirme.....

—Sí, para darle á usted una satisfacción; para no pasar para usted por una mujer desatenta; eso á mi modo de ver, no tenía nada de particular.

—Después, continuó Ricardo, le volví á decir á usted que la amo.

--Y me lo ha seguido usted diciendo muchas veces.

--Porque es cierto. Usted me ha hecho muchas confianzas, entre otras que no ama usted á Sánchez y que no es su marido de usted.

--Todo lo cual, interrumpió Amalia, lo ha traducido usted de este modo: «Amalia está enamorada de mí.» ¿No es verdad?

Ricardó guardó silencio, y sólo preguntó con la mirada.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo. Exasperado Ricardo exclamó:

--Pues bien, sí es cierto; lo he creído, lo creo y lo creeré siempre. ¡Usted me ama!

—¿Como amante?

--Como amante.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo, y luego dijo:

—Vea V., Ricardo, qué figura tan rara hace la sombra del candil en el techo; parece un mónstruo.

Ricardo, en vez de ver el techo, se quedó contemplando á Amalia por largo tiempo.

Hubo un silencio larguísimo, durante el cual Amalia no cambiaba de actitud, ni Ricardo tampoco.

El silencio se hacía cada vez más embarazoso, hasta que por fin Ricardo se levantó de su asiento.

Amalia permaneció inmóvil.

Ricardo tomó su sobretodo y se lo puso con mucha lentitud, en seguida tomó su sombrero y se paró frente á Amalia.

Esta permanecía con la vista fija en la sombra del candil.

—Temo sacarla á usted de sus profundas meditaciones acerca de la forma de la sombra, y me retiro.

—Adios, Ricardo; pero vea usted, vea usted; ¡si parece un animal negro con muchos piés!

—Efectivamente, dijo Ricardo alargando la mano á Amalia, me despido de usted para no volverla á importunar con mis gratuitas suposiciones, y le pido á usted mil perdones por haberme equivocado.

—No hay de qué.

—Adios.

—Adios.

—¿Le es á usted indiferente que me vaya?

—No.

—¿Entonces.....?

—¡No se vaya usted!

—¿Quiere usted burlarse más de mí?

—No.

—¿Me quedo para que hablemos formalmente?

—Como usted guste.

—¿Me ama usted?

—Sí.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho á usted muchas veces.

—¿Pero me ama usted?.....

—Como hermano, nada más como hermano.

—Entonces debo retirar mi amor de quien no lo acepta tal como es; debo no volver á verla á usted jamás; puesto que su cariño está muy lejos de ser como el mío.

—¿Cómo es el de usted?

—¡Loco! ¡ardiente! ¡apasionado, profundo!

—¿Y el mío no? preguntó Amalia con profundo sarcasmo.

—Usted lo ha dicho; me ama usted como á un hermano.

—Es cierto.

—Pues no quiero ese cariño; ó me ama usted como yo la amo, ó desaparezco para siempre. ¿Necesita usted que haga méritos? ¿que haga sacrificios? Ordene usted, mande y no habrá nada en el mundo que no sea capaz de hacer por usted, porque la esperanza de que llegue usted á amarme tanto como yo la amo á usted, es mi vida, es mi valor, es mi poder; pero si por el contrario, mi amor creciendo cada día se ha de estrellar contra la frialdad de usted, y no he de poder aspirar á más recompensa que á ese cariño tibio y fraternal.....

—Entonces, interrumpió Amalia, no vuelve usted á verme; entonces se va usted y... ¿no es esto? Quiere decir que, ó lo amo á usted por fuerza ó hacemos de cuenta que



no nos hemos conocido. ¿Sabe usted, señor enamorado, que esas son dotes muy poco apreciables para quien se precia de seductor y de irresistible?

—¿Es decir que me quiere usted manso, humilde, sufrido?

—No, yo lo quiero á usted como es, y todavía no me he puesto á pensar lo que un hombre necesita hacer para que yo me enamore de él; yo no he estudiado literatura dramática, no podría decir cuáles son los resortes que un amante debe tocar para lograr conmover el corazón de una mujer que, como yo..... ya lo ve usted, no es una niña; ¿ó pretende usted que le haga mi programa ni más ni menos que si se tratará de una comedia?

—¡Amalia, me hace usted sufrir horriblemente!

—¡Lo siento!

—No la comprendo á usted.

—También lo siento. Y vea usted, al principio creía yo que me había usted comprendido perfectamente.

—Así lo creía; pero ahora.....

—Ahora le da á usted porque tengo obligación de apasionarme de usted, so pena de perder hasta el amigo, hasta el hermano. ¿Está usted convencido de que yo no tengo la culpa de que usted sufra, de que usted se viole, de que usted quiera cojer las estrellas con la mano y no pueda?

—¿Tan difícil así es hacerme amar de usted?

—No; yo creo que es más fácil.

—Voy á ser humilde.

—¡Mejor!

—Ya no me voy.

—¡Mejor!

Ricardo se quitó el sobretodo y se sentó al lado de Amalia.

—¡Qué vestido tan hermoso tiene usted, Amalia!

—¿Le gusta á usted?

—¡Mucho! ¿Quién se lo hizo?

—Coralia. Mírelo usted bien.

—Y Amalia se paró y anduvo algunos pasos por la sala.

—Quitele usted el velador á la lámpara, para que lo vea usted mejor.

Ricardo obedeció, y dijo:

—¡Sí; sobre que es hermosísimo! ¡yo no he visto todavía un vestido más bien hecho! ¡Ya se vé, es el cuerpo! ¡es usted tan bien formada! las líneas de su talle son las líneas clásicas del bello ideal; ¡es usted un modelo de escultura!

—¿Verdad?

—¡Ay! y acaba de asomarse un pié! ¡qué pié! ¡Positivamente, no sé cómo pueden aguantar á usted esos piés de niña!

—¿Ya me vió usted los piés?

—Más bien los adiviné, como adivina uno la dicha, la fortuna.

—¡Ay qué horror! dijo Amalia, pues lo siento; porque si viera usted qué botines me ha hecho Garau!..... es cosa que me nadan los piés.

—¡Vea usted qué lástima! y si así se ven tan pequeños ¿qué será?.....

—Soy extraordinariamente cócora para calzarme; tengo calzado en una abundancia

que espanta; Sánchez acaba de pagar ciento diez pesos á Garau.

Ricardo se mordió los labios, pero exclamó:

—¡Con razón! yo pagaría doscientos.

—Tiene usted mi mismo gusto.

—Decididamente, Amalia, desde que la conocí á usted, me he persuadido de que no hay en el mundo mujer más de mi gusto que usted. Atesora usted todos los atractivos que pudiera imaginarme para formar mi bello ideal: es usted perfecta, encantadora.

Creyó por un momento Ricardo que empezaba á ganar el terreno perdido, y que al fin había logrado llevar la conversación al terreno en que él la necesitaba.

—Hay en la Primavera unos abrigos primorosos, ¿no los ha visto usted?

—¿Unos abrigos?

—Sí, son muy elegantes; yo he pedido dos.

—Serán..... dijo Ricardo vacilando un poco en contestar; serán..... como todo lo de

usted; de un gusto particular: apuesto á que ha elegido usted los mejores.

—Mañana los verá usted; los traen á las once; ¿viene usted á las once para verlos?

—Con mucho gusto, Amalia, aquí estaré.

—¡Ah! cuánto se lo agradezco á usted.

Amalia dijo esto con una intención difícil de comprenderse.

Amalia temía el final de aquella entrevista, y aún estaba cierta de que acabaría por que Ricardo se impacientara; y por lo que pudiera suceder quería ponerle anticipadamente la ocasión de anudar al día siguiente con un pretexto frívolo cualquiera hilo que se rompiera.

Ricardo fluctuaba en un mar de dudas, y encontraba inexplicable la conducta de Amalia. Aquella volubilidad en la que tan inusitadamente pasaba Amalia del fondo de la cuestión más árdua á la más fútil de las niñerías; aquella mezcla de candor y de malicia, de resistencia y de coquetería, de severidad y de amor, era para Ricardo un problema intrincado que no podía resolver.

Si abordaba resueltamente la cuestión del tocador, de los encajes y de los vestidos, Amalia sostenía la conversación con una impasibilidad y con un aplomo tales, que parecía olvidarse completamente de que estaba hablando con un amante.

Si Ricardo entraba al fondo de las cuestiones de su amor, si expresaba su pasión, si se manifestaba resuelto á todo, se estrellaba con una resistencia sistemática, era objeto de una repulsión fría y desconsoladora; y no obstante, una sola mirada de Amalia, dirigida con una habilidad poco común, bastaba para que Ricardo exclamara interiormente:

—¡Sí, me ama, me ama esta mujer; esa mirada está rebosando de pasión; esa mirada la vende á pesar suyo; si no me amara no me vería así!

Ricardo tenía en qué apoyarse; efectivamente, las miradas de Amalia eran dardos de fuego; Amalia sabía mirar de una manera peculiar suya: una mirada de Amalia era un torrente de luz, de pasión, de sentimiento, que enloquecía á Ricardo.

Esta era una clave misteriosa que poseía Amalia, y que poseen muchas mujeres, especialmente las que, como los generales viejos, conocen á fondo todas las debilidades del enemigo.

Los ojos son un arma terrible, y en el arsenal del amor esas viejas armas tienen un puesto de honor indisputable.

Dos párpados que, como un cartabón movable, sombrean y cortan la pupila húmeda y brillante como buscando un foco, encierran tal tesoro de combinaciones, tal mundo de causas, que parece increíble; de una sola faz de esas combinaciones han resultado los Abelardo, los Romeo, los Fausto, los Rafael: las líneas de dos párpados han sido el primer renglón de todos los poemas de amor.

Solo que, á pesar de todo, existen substanciales diferencias en ese principio.

Dios puso en los ojos algo superior á la palabra y á la acción, algo que es sólo del alma, porque existe una esencia tan inmaterial en nosotros, que era preciso que

rebosara, que se manifestara de algún modo; y tomó la forma de luz, la forma de mirada.

La niña ingénuo envía el primer efluvio de su alma en las irradiaciones de esas dos estrellitas que tienen por cielo dos pupilas negras: esas irradiaciones buscan siempre la luz de otras pupilas, porque tales son los conductores magnéticos de la atracción sexual.

La joven mira porque siente, y no conoce el poder de su mirada.

¡Dichosa la mujer que no lo conoce nunca! La mujer sigue amando y sigue mirando muy quitada de la pena, como el ave que trina sin pensar que la está oyendo un *diletante*.

Pero desde el momento en que la malicia femenil empieza por sentar la reglita de que *los ojos son las ventanas del alma* y de que las miradas son dardos, y otra porción de cosas que les aprenden á los poetas, la mujer empieza á elegir papeles en el repertorio de la comedia humana; empieza á *pro-*



*verse de miradas*, como el cazador se provee de postas y de fulminantes en la armería; y la mujer entonces entra de lleno al terreno de la jamona, que sabe ya tomar el efecto por causa eficiente y empieza el credo desde «... *Poncio Pilatos, fué crucificado*», etc.

Entonces la jamona es el ruiseñor que, triando en la floresta, estuviera pensando en la juiciosa crítica de Alfredo Bablot ó en los profundos conocimientos musicales de Mellesio Morales; entonces la mujer es el zenzontle que antes de dar al viento sus cantares se acordara de la llave de *do* en primera y se callara antes de atacar el *si* bemol por temor de *hacer un gallo*.

Ni más ni menos es la jamona. Ya rica con su tesoro de experiencia, con su almacén universal de cuentos color de amor, con su repertorio de madrigales, máximas, axiomas y recetas, se confecciona interiormente un laboratorio químico, en el que, merced á todos esos reactivos, forja dardos-miradas por el procedimiento de la galvanoplástia,

y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes á las bailarinas y á los diplomáticos.

Amalia sabía hacer todo eso y muchas cosas más; Amalia en materia de amor había pasado de la calidad de discípula á la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenía, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos: la cuestión para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontrais corazones que os entreguen el *huso*, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la mujer sabe tanto como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni más ni menos como la más incauta de las moscas!

Como lo había previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.





## CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN  
MAGNÍFICO RECURSO AMOROSO.

**E**l mismo día en que Sánchez cumplía su palabra á los dependientes del almacén de Carlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulos con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habían llevado.

No sabía quién la había puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.

Efectivamente, en el sobre estaba el timbre rojo que ella conocía perfectamente.

Chona leyó lo que sigue:

«Chona:

«Algo como una sombra de muerte nos separó anoche. Yo nunca había descendido desde tan alto; y si no tuviera la esperanza de que usted haya comprendido el mal que me hizo, créalo usted, Chona, hoy me entregaría á la desesperación.

«Hay en el fondo de la repulsa de usted, una cosa que se parece un poco á la justicia, pero no á la verdad. Cuando he podido reflexionar acerca del desdén de usted, que es el único en el mundo que me ha hecho impresión, me he decidido á aceptarlo con todas sus consecuencias.

«Usted ha pensado, lo mismo que yo, en que tanto rigor fué inútil; no obstante que la honra y el deber han tenido, merced á esto, un momento de sentirse verdaderamente complacidos: razón por lo que creo

que empezamos á liquidar cuentas con esas entidades morales que á mi vez respeto profundamente.

«Voy á hacer más: sepulto solemnemente, al pié del ara de esas entidades morales, hasta mi última esperanza de acariciar á usted alguna vez; renuncio formalmente á mi persona y me presento á usted de nuevo en mi calidad de incorpóreo; ¿está usted contenta?

«Lo infinito no necesita pretextos para existir y estoy seguro de que la he de amar á usted muerto, lo mismo que vivo; prescindiendo totalmente de la forma, y el alma de usted es mi alma, ya se esconda en el cuerpo de usted ó se desprenda de él.»

—¡Salvador está loco! exclamó, Chona y suspendiendo la lectura se quedó profundamente pensativa.

«No me preocupa ninguna traba humana, siguió leyendo Chona, nuestro amor no es más que un principio aparente: nos hemos amado antes, y la revelación manifiesta de habernos encontrado en el mundo,

no es más que un eslabón de nuestra vida perenne.

«Aquí en la tierra está usted custodiada por dos espíritus que la preocupan y á quienes cree usted que les pertenece moralmente: uno es Carlos, y otro es el sacerdote con quien ha pensado V. consultar mi amor.»

—Salvador adivina, pensó Chona.

«Me complazco con proporcionarle á usted la satisfacción de que les dé gusto: ame usted á su marido y obedezca á su confesor; lejos de oponerme á esto, sanciono sus resoluciones; cumpla usted su misión con esos señores.

«Esta carta debe preceder á mi visita porque es mi fianza. La adoro á usted, Chona; dentro de poco lo va á oír V. de mis labios.»

Así terminaba la carta.

Chona al acabarla de leer, sintió que su imaginación se perdía en un mundo desconocido, mundo del que le hablaba Salvador con una seguridad que la espantaba; y tomando las ideas de Chona cierta forma de

superstición, sentía á la vez la curiosidad más viva por descifrar aquellos misterios.

—¿Será capaz Salvador, pensaba Chona, de haberse dejado impresionar por el espiritismo y estará perdiendo la cabeza, ó lo que me dice es el resultado de una mistificación real y positiva? Para creerlo loco, debo tener en cuenta su sensatez, su juicio, su experiencia, y por otra parte, lo que me dice tiene no sé qué carácter de verdad que si me espanta, no por eso dejo de sentirla dentro de mí misma.

—Conozco á mi pesar que hay en Salvador algo superior que me domina; me siento á merced de su influencia y vacilo, temo.... tiemblo.... y me horroriza pensar que mi recurso, mi gran esperanza, mi fuerte egida... el sacerdote... pudiera ser débil. Salvador lo contempla pequeño, no le impone, como si contara con algo superior á todas las trabas de este mundo.

Volvió Chona á leer la carta y en seguida exclamó:

—¡Bueno! esta carta revela más cabeza

que corazón; yo le temo á su amor, pero no á su filosofía; que siga siendo filósofo y yo seguiré siendo fuerte; finjiré que lo creo, obraré con astucia y tendré siempre espedita la retirada: él me hace concesiones, yo también voy á hacérselas y si siendo así que la resistencia exacerba el cariño, en no habiéndola, acabamos por ser indiferentes; eso así, acepto de lleno la garantía que me ofrece su fianza: en estos límites todo será espiritual y nada tendré que reprocharme.

—Estoy deseando ardientemente la llegada de Salvador: hoy nuestra sesión va á estar muy divertida y sobre todo voy á reírme mucho con su mentido espiritismo; ¡tiene unas cosas Salvador!

Poco tiempo tuvo que esperar Chona, pues antes de la hora de costumbre, se presentó Salvador.

—Chona..... dijo al entrar, dándole á esta palabra el acento de saludo y de pregunta á la vez.

—¡Salvador! dijo Chona tendiéndole la mano.



—¿La mano sí? preguntó Salvador sin tomarla.

—¿Qué?

—¿Me propone usted una transacción?

—Quiere decir que usted se había propuesto.....

—Ser espíritu.

—Pues hagamos de cuenta que los espíritus se dan la mano.

—Bueno, la acepto con todo mi corazón, exclamó Salvador, estrechando la mano de Chona, más como hombre que como espíritu.

Se sentaron en su rincón.

El amor tiene un modo localizado de ser.

Las golondrinas tienen una cornisa favorita: en todo el tiempo de sus amores y de la incubación, se paran en el mismo sitio.

Los enamorados tienen siempre su cornisa, solo que el hombre sabe forrarla de terciopelo y de brocatel, y ponerle resortes y otras cosas muelles.

Salvador y Chona ocupaban invariable-

mente, Salvador el sofá y Chona el sillón del lado derecho.

Allí estaban bien: los resortes del sofá sentían á Salvador y estaban más dóciles que sus compañeros de la izquierda.

El taburete de la derecha conocía los piés de Chona: había dos taburetes iguales, pero Chona no dejaba que le cambiasen el suyo, que conocía, no sabemos por qué.

La luz de los balcones hería el rostro de Salvador, mientras que Chona quedaba contra la luz, dando la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel respetado por los leones.

—Vamos á ver, dijo Salvador, ¿qué le ha parecido á usted mi carta?

—Muy rara.

—¿Por qué?

—Por el espiritismo.

—El espiritismo es muy raro en sí, como lo son todas las verdades que han dormido muchos siglos en el abismo de la ignorancia humana.

—La fé de usted me cae en gracia.

—Y la incredulidad de usted me deleita.

—¿No le impacienta á usted?

—No, al contrario, y estamos por lo tanto en muy buen terreno.

—¿Quiere decir que me permite usted todas mis armas para combatirlo?

—Todas.

—¿Hasta la risa?

—Hasta la risa; usted se ríe de una manera que me encanta.

—¿Ya empezamos?

—Positivamente, usted sabe reírse, y para tener un ejemplar de la risa de usted, no hay más fotógrafo que el amor.

Chona no se rió.

—Tiene otra particularidad la risa de usted y es, que siempre viene después de un momento en que se pone usted muy seria.

Chona se rió.

—¿Ya lo ve usted? dijo Salvador riéndose también.

—;Todo lo ve usted! exclamó Chona.

—¿Por qué será?

Chona no pudo contestar más que con una mirada.

—Volvamos á mi carta.

—Volvamos á la carta.

—Se reduce á esto: á que me diga usted que me ama.

—¿Traducción libre? preguntó Chona.

—Literal, contestó al punto Salvador; ¿hacemos la traducción?

—Sí, porque va á ser curiosa; al menos si ha de quedar probado que es literal.

—Una vez aceptada mi fianza, contestó Salvador, quedan á salvo todos los escrúpulos de conciencia.

—¿Todos?

—Sí, porque la dejo á usted vivir en su mundo, obedeciendo todos sus caprichos.

—¿Cuáles son esos caprichos?

—La fidelidad, el deber, la paz doméstica.

—Esas son leyes muy severas, no caprichos.

—Sean leyes severas; la dejo á usted bajo su influencia y bajo su protección; es usted libre aquí abajo.

—¡Qué raro es todo eso!

—¿Cree usted que el alma es inmortal?

—Seguramente.

—Lo que no sabe usted es esto: que su alma de usted y la mía, han existido antes de venir al mundo.

—¡Eso sí no lo comprendo!

—Yo sí; hay más, lo sé.

—¡Eso es mucho!

—Pues hay más todavía: lo siento en mí de una manera palpable, mi espíritu está pasando por una transformación, la he encontrado á usted en el mundo para que me revelara mi existencia anterior y para que me haga pensar en la futura; hasta hoy he estado siendo una negación, quiero decir, no me había dado cuenta de mí mismo, y he empleado mi vida en vivir: antes de conocer á usted me hacía temblar la muerte, y pensaba que el fin de mi vida, mi mismo *yo* pasaría á la otra perdiéndose... en un infinito desconocido y terrible; pero hoy, Chona, hoy está empezando mi regeneración espiritual, porque al ponerse mi alma

en relación con la de usted, he sentido á mi libertadora ofreciéndome el crisol de un amor imposible en el mundo, pero necesario para nuestra eternidad.

—¡Me va usted á volver loca!

—No lo temo; lo que podría temer es que se volviera usted ciega; pero poco á poco irá usted acostumbrándose á la luz, hasta ver el sol de la verdad frente á frente.

—Sí, ante todo, cuide usted de mis ojos, porque me son muy útiles.

—Le aseguro á usted que cada día verá mejor; y luego agregó Salvador, uniendo el hilo de su discurso: mi alma hubiera permanecido vacía si no hubiera conocido á usted, y esto, que es sin duda una frase de estampilla, y que acaso no habrá enamorado en el mundo que no la haya dicho, encierra, no obstante, una inexorable verdad y es ésta: amo por la primera vez en mi vida.

Chona se rió.

—Usted, continuó Salvador, no es la continuación de mi vida anterior, sinó el principio de la eterna; todas las mujeres que me

han amado, han tomado de mí la parte de mi sér transitorio en mi estado de negación, que concluyó antes de conocer á usted.

—Debo recordar á usted que nos conocemos hace mucho tiempo, y antes.....

—Antes no nos amábamos, es cierto; estaba yo acabando mi periodo; era yo otro, por eso estaba triste y hastiado, no me quedaba nada por saber, en la copa de mis placeres no quedaba ya ni una gota; ¿se acuerda usted de la licorera?

—Sí.

—Allí estaba mi copa seca, por eso no quise llenarla de nuevo; había acabado todo, todo; y quedó solo mi espíritu enlazado al espíritu de usted para siempre.

—Sobre que le digo á usted que me voy á volver loca!

—No haga usted ningún esfuerzo por comprenderme; dice usted que le divierten mis extravagancias; búrlese usted supuesto que le he dejado ese derecho.

Hubo una larga pausa.

—No puede usted reirse y lo desea; me

felicito por este síntoma, que me revela la fuerza de mis razones.

—No me río, porque la locura de usted es del género sublime y empieza por pasarme. ¿Cómo supo usted que he pensado consultar esto á mi confesor?

—Porque le ha espantado á usted la palabra espiritismo y empieza usted á escandalizarse.

—Me he decidido á tomarlo á pechos, y lo sigo á usted solo con la imaginación; por lo demás, me considero bastante dueña de mí misma.

—Tiene usted razón, tanto más cuanto que yo la ayudaré á usted en todo; he ofrecido respetar cuanto á usted pertenezca.

—Estoy segura de que ningún amante ofrecerá otro tranto.

—Es cierto, y esa es una señal de que empieza usted á comprenderme, y de esta manera acabará usted por amarme como yo la amo.

—Supuesto que usted cree, Salvador, que la cuestión consiste solo en el camino que



se elija, debo decirle á usted que para mí no es el medio sinó el resultado lo que me espanta; yo no debo amar á usted, porque cometería un crimen; no debo entregarle mi corazón, porque no me pertenece, y cualquiera que sean los argumentos de que usted se valga, y por sutiles y poderosas que sean las razones que pretenda usted darme, de todos modos hemos de venir á dar al punto de donde debo huir á toda costa; yo debo sacrificar mi amor y mi vida, si es necesario, al cumplimiento de mi deber.

Esta conversación, como las anteriores, fué interrumpida por haber sonado la hora en el reloj, hora que anunciaba la llegada de Carlos.







## CAPÍTULO VIII.

EN EL TÍVOLI DEL ELISEO.

**A**PESAR de todas las reticencias de Amalia y de su falsa reserva con respecto á Ricardo, la mañana en que salió de su casa después de la embriaguez de Sánchez, fuese en derechura á ver la Chata.

—'Chata de mis ojos, le dijo al entrar, tú eres mi paño de lágrimas.

—¡Ave María Purísima! ¡Amalia, qué mala idea me da tu visita! ¿Qué te ha sucedido?

—Tronamos.

—¿Cómo?

—Ni más ni menos.

—¿Pues qué...

—Figúrate que llegó Sánchez... ya sabes.

—¿Borracho?

—Como una uva.

—No me digas más; por mis negros pecados me ha tocado verlo así algunas ocasiones, y te compadezco!

—Pues bien, vamos á lo que importa, dijo Amalia bajando la voz. ¿Has hablado con Ricardo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Te quiere.

—Pero entendámonos, Chata, á mí no me basta saber que me quiere... así como tú me lo dices.

—¿Pues cómo?

—Mira; yo necesito saber... pero fíjate bien en esto, *necesito* saber hasta qué punto me ama Ricardo, hasta qué punto es hombre de resoluciones y en fin... si en último caso puedo contar con él.

—¿Para qué?

—¡Anda! Chata! para qué ha de ser? no ves que ya no es posible vivir con Sánchez?

—Pero salvo ese maldito vicio, por lo demás no debes quejarte.

—Estás hoy muy candorosa, Chata de mi alma; escúchame: motivos no me faltan, especialmente con respecto á él: figúrate que sé...

—¿Qué, mujer?

—Lo de la americana.

—¿Y ya se lo dijiste?

—Tengo mi plan.

—Piénsalo bien.

—En fin, te diré la parte más grave del asunto.

—¿A ver?

—Sánchez está arruinado.

—Ya lo sé.

—Un día de estos nos quedamos en un petate; y ya verás que no teniendo yo la culpa de ese despilfarró, no debo soportar las consecuencias; pero á la vez no quiero dar un golpe en falso y por eso te pregunto

si Ricardo será hombre de resoluciones y si puedo descansar en él.

—Mira, Amalia, eso es muy grave, y no me atreveré á aconsejarte resueltamente: lo que es Ricardo, es hombre de posibles, ya lo ves cómo gasta y con qué lujo se viste: yo no sé cuáles serán sus recursos, pero él pasa por hombre rico: en cuanto á que te ame, él me ha dicho muchas veces tantas cosas de tí, que he llegado á creer que está verdaderamente enamorado. Vamos á ver, me ocurre un plan que nos servirá para explorar el terreno.

—Veamos tu plan: necesitas lucirte en esta ocasión, porque la cosa es grave.

—Pues mira, provocaremos una conferencia.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y dónde?

—Déjame á mí.

La Chata llamó á una criada y le dijo:

—Vas á la calle de San Juan de Letrán y le dices á Jacinto Rodriguez, de mi parte,

que me mandé el coche cerrado del otro día, el de los frisonos tordillos.

La criada salió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Ya sabes que soy mujer de expedientes.

—¿Pero adónde vamos?

—Del lugar no has de quejarte.

—¡Ah! ya sé, al Tívoli.

—Sí.

—¡Qué mala eres!

—¿Porqué?

—Como Ricardo es poeta, vas á poner la escena en un jardín.

—Si fuera en una noche de luna respondía del éxito.

—¿No te digo que eres mala?

—¿Por qué? yo no hago más que preparar las situaciones.

—Debías haber sido novelista.

—Ya se ve que sí, escribiría tu historia y la mía; pero no tengas cuidado, que aún cuando yo no escriba tengo quien lo haga.

—¿Quién?

—Un buen amigo.

—¿Cómo se llama?

—Facundo.

—¡Dios nos asista, Chata de mi alma! mira que tú y yo estamos que ni pintadas para salir á danzar en la *Linterna mágica*.

—Pues el día que quieras te presento á Facundo, le cuentas tu historia y le das facultades; verás cómo en seguida nos dedica un libro.

—Bueno, ya veremos eso; vamos á lo que importa y ya que tú vas á dirigir la escena, dime ¿qué es lo que yo debo hacer?

—¿Tú? llorar.

—Pero si no tengo ganas!

—¿Quieres una cebolla?

—¿Es preciso llorar?

—Sí, indispensablemente.

—Pues dame la cebolla.

La Chata desapareció por un momento y en seguida volvió trayendo en un plato una cebolla y un cuchillo.

—No tienes remedio, Chata de mis pecados, eres la más mala que yo he visto.

—Vamos, date prisa.



—¿Y si me huele?

—¡No! te lavas las manos con mi jabón.

—¡Ay! qué sacrificio! se me van á poner los ojos de bruja.

—Al contrario, si vieras qué te sienta llorar.

—¿Es posible?

—Cuando lloras me gustan más tus ojos.

—¡Ah! entonces salgo ganando de todos modos.

Y partiendo Amalia la cebolla, se la aplicó á los ojos lo bastante para producirse una ligera inflamación.

Algún tiempo después llegó la criada.

—Me tardé, dijo al entrar, porque no estaba allí el señor Rodriguez, pero ahí está el coche.

Amalia y la Chata se dirigieron al Tívoli del Eliseo.

Hay ciertos parajes públicos, lo más secreto que se conoce en materia de citas.

El Tívoli del Eliseo estaba solo. Al través de aquellas callecitas que caracolean en torno de los cenadores circulares, se deslizaron Amalia y la Chata y apenas un criado

las vió por los intersticios de las enredaderas. La Chata dejó instalada á Amalia en un cenador, salió del Tívoli y volvió á montar en el coche.

Media hora después volvía acompañada de Ricardo, solo que esta vez, no se paró el coche á la puerta del Puente de Alvarado, sino en la calzada del Paseo de Bucareli.

La Chata guió á Ricardo á un cenador.

—¿Con que es cierto? exclamaba Ricardo, ¡qué hombre! ¡Dios mío! ¡qué hombre! ¡Pobre Amalia!

—Y más que usted no sabe, y que no hay para qué se lo cuente; sobre que la pobrecita ha vivido mártir, pues como usted conoció muy bien desde un principio, de semejante unión no podía resultar nada bueno; pero qué quiere usted, las mujeres somos tontas para elegir y siempre vamos á dar con lo peor.

—¿Y dice usted que Amalia se ha salido de su casa?

—Sí señor, qué había de hacer la pobre?

—¿Pero á donde habrá ido?

—Por lo pronto yo sé donde está, pero lo que me aflige es el porvenir de esta desgraciada.

—En cuanto á eso, dijo Ricardo con aire de gran señor, aquí estoy yo: conozco mis deberes y supuesto que he tenido una parte tan directa en este rompimiento, á mí me toca darle á Amalia una compensación; yo no soy rico, pero no importa; ¿quién piensa en el dinero cuando hay deberes de honor que cumplir? Sin dilación, Chata, sin dilación; vamos á ver á Amalia, quiero tranquilizarla quiero probarle que..... vamos, vamos!

—Piénselo usted bien, Ricardo.

—¿Cómo pensarlo! ¿acaso necesito consultar con nadie mis asuntos?

—No: pero tal vez un acaloramiento será causa de que después.....

—¡Qué disparate! jamás me arrepentiré.

—Figúrese usted que la pobrecita que tanto ha llorado, en medio de sus lágrimas en lo que más pensaba era en usted.

—¿En mí?

—Sí: pero para que no supiera usted nada.....

—¡Ah! qué alma tan noble tiene Amalia! exclamó Ricardo enterneciéndose.

—Usted era su ir y venir, y me decía: Chata, por Dios que no sepa nada Ricardo! mira que él es muy caballero y muy noble y si sabe el predicamento en que me encuentro, es capaz de sacrificarse por mí.

—Y cómo que sí.

—Y yo no quiero eso, decía Amalia (continuó la Chata), no quiero que jamás haga Ricardo por mí lo que tal vez no ha pensado; no, Chata de mi vida, que nada sepa Ricardo; veré donde me voy, me volveré á encerrar en el colegio, si es necesario, pero que él no se sacrifique por mí, ni se encuentre tal vez en un compromiso.

—¿Todo eso dijo?

—Todo eso; si no tiene usted una idea de como lo quiere.

—Vamos á ver á Amalia, dígame usted, en dónde está, dijo Ricardo en tono suplicante.

—Figúrese usted, dijo la Chata, que por lo pronto..... como la cosa me cogió de sorpresa, no supe qué hacer con ella: en mi casa la buscarían y en otra parte no tendríamos libertad para hablar; tomamos un coche y nos venimos aquí.

—¿Aquí está?

—Y yo al verla tan afligida y sin saber por mi parte qué partido tomar, me pareció conveniente avisarle á usted.

—¿En dónde, en dónde está? vamos á verla.

—Vamos.

Y la Chata y Ricardo salieron del cenador que ocupaban y se dirigieron al que ocupaba Amalia, quien había tenido tiempo sobrado de prepararse y había estado observándolo todo desde su escondite.

—¡Amalia! dijo Ricardo abriendo los brazos.

—¡Ricardo! dijo Amalia arrojándose á ellos y reclinando la frente en el pecho de Ricardo.

—Hubo el silencio propio del *tableau*; si-

lencio durante el cual la Chata finjió enjugarse una lágrima, de manera que lo pudiera notar Ricardo.

—¡Vamos! dijo éste ¿qué lágrimas son esas? no señor, nada de llorar, hoy es día de felicidad, de alegría, de... ¡mozo!... nada, nada, aquí estoy yo y que rueda el mundo; ¡mozo!... Soy el más feliz de los hombres; Chata, deme usted un abrazo, es usted mi madrina, á usted se lo debo todo, ¿no es verdad Amalia?

—¡Ay! es tan buena amiga la Chata!

—¡Mozo! volvió á gritar Ricardo.

El criado se presentó.

—¡Comida para tres! ¿tomaremos Sauterne? ¿ó prefieren ustedes el tinto?

—¿Pero para qué se va usted á meter en... dijo la Chata.

—¿Qué apetito vamos á tener con esta aflicción?

—Los duelos con pan son menos; conque ¿Sauterne?

La Chata y Amalia no contestaban.

—Trae Sauterne y Borgoña; dicen uste-

des que no tienen apetito; ¡mira! agregó llamando al criado, tres copas cognac y curaçon ¡vuela!

—Pero... murmuró Amalia, esto es una calaverada!

—Qué quieren ustedes, hijas mías, esta es la vida; yo por eso me la paso bien; en todas partes soy muy filósofo y recibo las cosas como vienen; no hay por qué affigirse, y lo que es yo me he propuesto ahorrarame todos los disgustos posibles; hagan ustedes lo mismo y no se arrepentirán de haber seguido mis consejos; ¡qué más da! vamos, el mundo es grande y yo les garantizo á ustedes que nos vamos á pasar una vida de ángeles ¡ya verán! ¡ya verán!

—Vamos, aquí están las copas, ustedes curaçon, y yo cognac; pero mira, agregó dirigiéndose al criado, trae las botellas.

El criado dejó las copas y voló á traer una botella de cognac y otra de curaçon y las destapó en el acto.

—A la salud de ustedes, por nuestra futura felicidad! Vamos, Amalia, no hay que

asustarse por tan poco ó creeré que ha perdido usted algo saliendo del poder de un hombre que... no quiero hablar señor, no quiero hablar; por que me he propuesto que hoy sea día sólo de placer; con que... á la salud de ustedes!

La Chata y Amalia besaron sus copas.

—¡Pero qué es esto! ¡traición! ¡esto es una traición! ¡qué se diría de semejante desacato! no señor ¡hasta verte, Jesús mío! ¿saben ustedes el origen de esta frase? ya se lo explicaré cuando tenga seis copas en la cabeza. Conque... hasta arriba.

—Pues por mi ahijado, dijo la Chata y bebió su copa.

—Por usted, dijo Amalia y bebió la suya.

—¿Por usted? preguntó Ricardo, pues ahora vamos á beber esta otra..... «*por tí.*»

Y llenó las copas.

—Pero..... se atrevió á murmurar Amalia refiriéndose á la segunda copa.

—¡Amalia! exclamó la Chata en tono de reconvencción, y la dió la copa.

—¿Por quién? preguntó Ricardo.



—¡Por..... por tí! dijo Amalia sabiéndose poner colorada.

—¡Muy bien! dijo la Chata en son de aplauso.

Ricardo bebió, se limpió los lábios, tomó la mano de Amalia y la dió un beso.

La Chata fué entonces la que se supo poner colorada.

Amalia bajó los ojos.

Ricardo la miró y pensó.

No sabemos qué pensaría Ricardo.

El criado había puesto ya la mesa.

—Mira, chico, le dijo Ricardo al criado, te recomiendo que nos traigas *huevos á la polaca*.

—Está muy bien, señor.

—Y..... será bueno un poco de *pollo á la Marengo*.

—Sí señor.

—¡Oh! si hubiera *mondongo á la lionesa* sería yo el más feliz de los hombres; verán ustedes qué platillo: ¿hay *mondongo á la lionesa*?

—Voy á preguntar.

—Vé, hombre, vé á preguntar si hay *mondongo á la lionesa*.

El criado voló.

—Pues señor, creo que no vamos á almorzar muy mal.

—Al contrario, dijo la Chata, ¡cómo habíamos de almorzar mal en el Tívoli!

—Esta es mi vida: aquí donde ustedes me ven, no hay semana que no tenga aquí dos ó tres convivialidades.

—¡Dichoso usted! dijo la Chata.

—Pero no hay cuidado, contestó Ricardo, ya de hoy en adelante mis convivialidades serán á tres; voy á abandonar á todos mis comensales y que busquen anfitrión, porque lo que es yo me incrusto entre este par de encantadoras beldades y ni se vuelve á hablar más de mí en México.

—¡Qué buen humor tiene siempre Ricardo! ¿no te lo decía yo, Amalia?

—Sí, solo conmigo es adusto, solo á mí me pone mal modo.

—¡Ay hija! ¡qué mal modo! á pesar de que has sido tan cruel conmigo, me has he-

cho sufrir tanto! pero eso sí, vida nueva ¿no es verdad, amor mío? se acabaron las trabas y ancho mundo. ¿No es verdad que no nos volveremos á separar, Amalia?

—Sólo Dios lo sabe.

—Y tu amante y tú ¿no es cierto?

—¡Vamos! ¡vamos, ahijado! en todo caso su madrina de usted es una persona de respeto.

—¿Usted?

—Yo.

—Usted es una Chata sin pasar de ahí, pero tan encantadora, que es usted el tipo de la buena amiga, de la hermana, de la madrina, de la..... de todo lo que hay de más hechicero sobre la tierra.

—¡Pues está usted galante!

—No, expansivo; hablo con el corazón y al aire libre.

El criado trajo los huevos á la polaca y comenzó el almuerzo.

Amalia se proponía comer poco, y la Chata mucho; porque la Chata era de buen diente.

—Acaba los huevos, vida mía.

—¡Es mucho!

—¿No te gustan?

—Están deliciosos, dijo la Chata saboreándose.

Amalia siguió tomando los huevos.

—¡Ah! bien; ahora..... *petit poisson á la crème*; ¡oh! ¡esto es selecto!

Ricardo tomó un pedacito de pescado de su plato y lo ofreció á Amalia poniéndoselo muy cerca de la boca; Amalia iba á tomar el tenedor, pero Ricardo le dió á entender con una mirada que deseaba otra cosa.

—¡Anda, niña! dijo la Chata con cierto tono de reconvención cariñosa, como si hubiera querido decirle: ¡Qué chambona eres!

Amalia abrió la boca.

—¡Gracias! le dijo Ricardo, me haces feliz. ¿No te encelará si le ofrezco una sopita de cariño á la Chata?

—¡Encelarme! yo no soy celosa.

Ricardo dió á la Chata, en la boca, otro pedacito de pescado.

Aquel platillo estuvo mejor que el primero.

—¡Oh! ¡esto es soberbio! dijo Ricardo viendo el tercer platillo. Vea usted, madrina.

—¿Qué es eso?

—Esto es *jamón York lazañas al Málaga*; pero antes tomaremos.

Y sirvió Sauterne en las copas.

Chocáronse las tres, y se agotaron con delicia

Amalia empezaba á olvidar sus proyectos de comer poco.

Al servirse el tercer platillo, la Chata se comía á señas á Amalia, quien comprendiendo al fin lo que debía hacer, partió un pedacito de jamón, le colocó encima la pasta, y á su vez lo acercó á la boca de Ricardo, quien, prendado de aquel mimo, no supo cómo ponderar su agradecimiento.

Amalia también le ofreció á la Chata otra sopita de cariño.

—El tercer platillo estuvo mejor que el segundo, dijo Ricardo.

—¡Ya se vé! dijo la Chata.

—¡Otra libación! exclamó Ricardo.

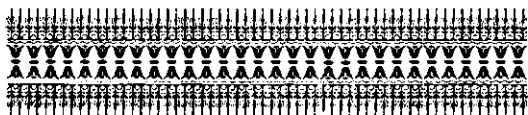
—A este paso... dijo la Chata.

—¡Oh! el *Sauterne*, el *haut Sauterne* se puede tomar por barriles, éste es un vino noble; yo no tomo otra cosa.

—¡Con razón, sí es delicioso! dijo la Chata, lamiéndose los labios, después de haber apurado su copa.

Debemos confesar, en obsequio de la verdad, que Ricardo fué el más amable de los anfitriones, y que supo hacer los honores de la mesa de tal manera, que logró hacer aquél el más delicioso almuerzo á tres, de que pueden hacer mención los cenadores del Tívoli del Eliseo.





## CAPÍTULO IX.

---

### Á LOS POSTRES.

**N**O parece sino que el género humano ha nacido para regodearse, y que Lúculo es el único que ha dado en el ítem.

La felicidad rebosaba por todos los poros de los tres personajes del cenador.

Ricardo estaba rubicundo, respirando vida; estaba inspirado, respirando *esprit*; estaba tierno, respirando amor.

Amalia respiraba también, y en aquella respiración tenía, no poca parte, la cebolla aquella.

¿Y la Chata? ¿cómo no había de respirar la Chata? aquélla era su obra; era además la madrina, por lo tanto respiraba satisfacción y otra porción de cosas.

Todos respiraban.

Siempre se respira á la hora del Champagne. Ricardo, con permiso de las señoras, había alargado los correones del chaleco y del pantalón.

La Chata y Amalia, sufrían, á pesar de su depósito de viandas, la presión tiránica del corsé.

Esta presión estaba produciendo en el pecho de Amalia cierto movimiento compasado, como el del lago que se siente acariciado por una brisa que va refrescando poco á poco.

Tenía Amalia descubierto un pedacito de garganta, que como una península se adelantaba en la región pectoral, que estaba teniendo entonces esas ondulaciones de que hemos hablado.

A guisa de faro, tenía Amalia en la costa de la península, quiere decir en el punto



donde se cerraba el vestido, un prendedor de oro, que estaba llevando á la vista de Ricardo el compas del corazón de Amalia.

La Chata, aunque no era hombre ni nada, estaba observando aquella ondulación del prendedor con cierto arrobamiento.

La Chata era muy observativa.

Las sillas de Ricardo y de Amalia formaban ya casi un solo asiento.

Y á pesar de la perspicacia de la Chata, se le pasaban por alto algunas frases que Amalia y Ricardo se decían muy bajito.

Por supuesto, que aquel torrente de felicidad inopinado, había aumentado las atmósferas del amor aquel, á un grado temible para un maquinista.

Ricardo y el Champagne lograron poner los asuntos bajo su verdadero punto de vista filosófico y edificante.

—El mundo, decía Ricardo, es patrimonio de los atrevidos; hemos llegado á una época de realismo tal, que, á no dudarlo he encontrado la razón de por qué no nació antes: ésta es mi época.

—Vivo para mí, cumpliendo mi misión de darme gusto; no hay más ley que la de la atracción universal; el sacudimiento de las sociedades va poniendo las cosas en su verdadero lugar; va armonizándolo todo, y en esta sucesión de movimientos, nos tocó por fin á tí y á mí, Amalia mía, juntarnos para morir así: la teoría de las medias naranjas, por más que sea vieja, es buena como el vino: queda de todo esto una cosa por resolver: Sánchez.

—Sánchez cuidó de escriturar sus casas; pero no le pareció que debía hacer lo mismo con su mujer, y supuesto que en el matrimonio no *valen papeles*, como dice la china, beato el que posee, no necesitamos Amalia y yo, más intervención que la que necesitan las golondrinas.

—¿Y yo? reclamó la Chata.

—¡Es cierto! ¡evidente! no necesitamos más que á mi madrina, cuya misión sobre la tierra es la de un angel de paz.—Chata, usted debe aprender á volar un día de éstos.

La Chata y Amalia celebraron la gracia.

—Ya me parece que te veo volando con puff.

—¡No me digas! y con castaña de rizos, por supuesto.

—Naturalmente, dijo Ricardo, los ángeles tienen cabelleras de una propiedad y elegancia irreprochables. Pues como decía, queda Sánchez: le espero.

—¿Y si lo desafía á usted? preguntó la Chata.

—Resuelve él mismo la cuestión de la manera más satisfactoria que pueda imaginarse.

—¿Por qué?

—Supongamos que viene Sánchez, que pregunta por mí, que nos saludamos como dos buenos amigos, que le ofrezco asiento, que se sienta, que no sabe por donde empezar, y que se decide á concluir y que me pregunta:—¿En dónde está mi mujer?

—¡Hé aquí el epígrama por excelencia! Colocad esa pregunta en el más grave, en el más encopetado de los personajes antiguos y contemporáneos, y os hará soltar la car-

cajada; pues bien, supongamos que Sánchez me espeta su sambenito á guisa de inocente pregunta.

—¿Y qué le contesta usted, vamos á ver? dijo la Chata, poniéndose de codos sobre la mesa.

—Le contesto:—¿Usted me pregunta por su mujer?—No sabía que se le había perdido á usted.—¿Y cómo ha sido ello?

—¡Qué barbaridad!

—¡Nada de eso! ¡qué lógica! Cuénteme usted eso, señor Sánchez; entonces mi hombre ¿me cuenta ó no me cuenta? ¿se enfurece ó se calma? ¿qué quiere usted que suceda, Chata?

—Supóngalo usted furioso.

—Entonces le manifiesto que tengo el tímpano auditivo muy delicado, por cuya circunstancia le suplico nombre las personas que deban entenderse con mis padrinos.

—¿Y se bate usted con Sánchez?

—No; porque Sánchez no se batirá conmigo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Sánchez reflexionará en que de todos modos pierde. Por mi parte apuesto un almuerzo con vino del Rhin para veinte personas, á que le convierto en una escuadra inmóvil su brazo derecho por todo el tiempo que piense vivir en este mundo; yo sé romper cierto hueso infaliblemente, de veinte tiros, diez y nueve.

—¡Pobre Sánchez! exclamó la Chata figurándosele manco y viudo.

—En todo caso la cuestión no es la de encontrar á su mujer, sino una bala.

—¡Ay, qué horror! ¡ni lo permita Dios!

—No lo permitiré, no se aflijan ustedes; Sánchez se consolará por medio de otros procedimientos; es hombre también afecto á las compensaciones; de manera que si ustedes no lo tienen á mal démosle perpétua sepultura á Sánchez dentro de esta copa de Champagne.

Y, sirviendo tres copas, propuso un brándis. Amalia y la Chata esperaron copa en mano.

—Aquí yace un aficionado al matrimo-

nio, á quien se le olvidó el cura y la ley.  
¡Que Dios tenga piedad del alma del finado!

—¡Amén! dijo la Chata y apuró su copa.

—Amalia se ha creído dispensada de tomar la suya, dijo Ricardo picado.

—Es que.....

—Todavía es tiempo, y en todo caso ni aún el tiempo hemos perdido; pues almorzar era preciso.

—¡Amalia! dijo la Chata en tono de súplica.

Amalia bebió haciéndose cierto esfuerzo.

Después del almuerzo y la alegría, nuestros tres personajes tuvieron que ocuparse seriamente en realizar aquella sustitución; paso que á la verdad no era de los más sencillos; pero afortunadamente estaba allí la Chata, y para la Chata no había nunca dificultades.

Propuso que de allí se trasladasen los tres á Tacubaya, donde de tres casas que había desocupadas, se podía tomar una sin dificultad en la misma tarde.

La Chata apoyó su proposición con una

elocuencia digna de un diputado opositor: dijo que el campo era lo más apropiado para una situación semejante y que allí estaría bien guardada Amalia, y que de todo lo demás la Chata misma se encargaba: fué, en fin, tan bien combinado el plan de la Chata, que Ricardo y Amalia no se atrevieron á hacer ninguna objeción, y no tuvieron más que esperar los trenes á la salida del Tívoli.

Sólo que entonces Amalia y Ricardo fueron los que montaron en un vagon, y la Chata regresó en el coche á la ciudad.

Ya hemos dicho que la Chata era muy previsora, de manera que antes de separarse de Amalia le pidió sus llaves.

La Chata hizo creer en la casa de Amalia que ésta no iría por aquella noche, por estar en ocupaciones con ella con motivo de su cumpleaños, que iba á celebrarse en esos días; y nadie extrañó que la Chata abriera los roperos de Amalia y remitiera á su casa algunos bultos.

En el último viaje de los trenes, la Chata

estaba en Tacubaya al lado de Ricardo y de Amalia, quienes habían pasado la tarde en un jardín.

La Chata lo había previsto todo, y aún había tenido tiempo de enviar algunos muebles de su casa y lo más indispensable por lo pronto.

Pizarro, el criado de confianza de Sánchez, sabía que éste no había de dormir en la casa aquella noche, y así sucedió en efecto; á eso de las doce, en la asistencia no se encontraban más personas que don Aristeo y doña Felipa.

—No se canse usted, don Aristeo, algo gordo está pasando aquí; hoy ha sido un día fecundo en acontecimientos; esta ida de Amalia no me gusta; me pareció además notar no sé qué aire de disimulo en la Chata, y cierta precipitación que me dió muy mala espina.

—Pues si usted quiere que le diga, doña Felipa, esto no es más que principio de los grandes trastornos que va á haber en la familia.



—¡Es posible!

—Ni más ni menos.

—Entonces usted sabe algo.

—¡Ya lo creo, y mucho! Y sobre todo algo que á usted le interesa extraordinariamente.

—¡A ver, á ver, don Aristeo! cuénteme usted todo lo que sepa, pues yo, como siempre, soy mujer de secretos.

—Pues bien, doña Felipa, ya usted sabe el estado deplorable que guardan los negocios de mi compadre.

—Todos se lo hemos dicho, por consejos no ha quedado; pero ya sabe usted que el bueno de mi hermano tiene una cabeza que parece de piedra. ¿Y qué, el mal es muy inmediato?

—¡Vaya! la cosa tiene que tronar en estos meses, y de una manera que yo no sé lo que va á suceder; porque todo, todo se le complica al pobre de mi compadre; yo no he visto situación más comprometida que la suya; por una parte se le cumplen unas libranzas, y tendrá que perder probablen-

te las dos fincas; por otra parte Amalia parece que sabe ya lo de..... lo de esa mujer de mis pecados.

—Sí; y en cambio mi hermano sabe también lo de Ricardo. ¿Qué será bueno hacer, señor don Aristeo?

—Yo, como buen amigo y pariente, he hecho ya cuanto ha sido humanamente posible; ¡es buena, que le he ofrecido mi finca de Oaxaca!

—¿Ha cedido usted por fin?

—¿Qué quiere usted, doña Felipa? este es un deber de amistad; ya sabe usted que por mí no hubiera cedido nunca; pero mi compadre está en una situación en la que sería un cargo de conciencia no auxiliarlo, y me parece que con eso y los trescientos pesos de la.....

—¡Eso, señor don Aristeo, eso!... los trescientos pesos de mis ojos, que cada vez que los oigo mentar me parece que los gasto yo y vea usted de ahí ha provenido toda la ruina de mi hermano! ¡Ah! si usted lograra quitarle de la cabeza ese capricho.....

—Ya se lo he manifestado, le he probado hasta la evidencia que mientras no prescindiera de ese gasto tan fuerte, no tiene más que esperar la miseria, y eso después de un golpe de los más formidables.

—El cielo se lo ha de dar á usted de gloria, don Aristeo, haga usted esa buena obra y verá usted.....

—Sí, sí; ya estoy viendo cómo..... eso sí, yo creo salirme con la mía. ¡Pues no faltaba más! ya verá usted, ya verá usted! ¡Si toda la lástima es que no sea yo joven!

—¿Por qué?

—¡Cómo por qué! porque lo primero que hacía yo era enamorarle á la cocota.

—¿Pues no dicen que esa mujer no entiende de amor?

—Ya se vé que no entiende, pero en fin, agregando al personal algún dinero.

—Eso es lo peor, D. Aristeo, que V. no sea rico; por que á serlo, se podía hacer el sacrificio de ofrecerle el doble á esa mujer venal, que al fin, como es americana, se dejaría seducir muy fácilmente con el brillo del oro.

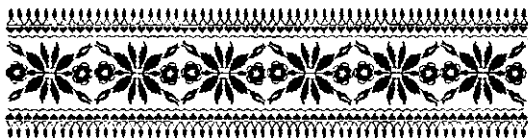
—Pero.... no hay que pensar en eso, doña Felipa, pues ya ve usted que ni mi edad, ni mis recursos, ni nada, podrían hacer el contrapeso que se busca.

—Tiene usted razón.

—Pero no obstante, yo no quito el dedo del renglón y verá usted como siempre algo se consigue.

Don Aristeo y doña Felipa estuvieron hasta muy tarde en la asistencia, dándoles á los asuntos de Sánchez más vueltas que á un asador!





## CAPÍTULO X.

---

### LA TRIBULACIÓN DE SÁNCHEZ.

**S**ÁNCHEZ entró á su casa á las ocho de la mañana del día siguiente, y venía abrumado de malestar y de tedio.

La luz de aquel día, había brillado sinies-  
tra ante sus ojos, y la realidad de su situa-  
ción pesaba sobre su alma como una carga  
insoportable.

La saciedad de su reciente vigilia había  
agotado en su alma ese conjunto de aspira-

ciones y de deseos que prestan al hombre el vigor y la esperanza; el mundo se despojaba ante sus ojos de todo encanto y la perenne amenaza de su ruína le trazaba triste, desierta, la senda de su porvenir.

Sánchez había adquirido en aquellos momentos cierto poder de fantasía, cierta lucidez de ideas que no eran comunes en él: no parecía sino que relajadas sus fuerzas físicas, abandonaba su cuerpo á su precisa reacción y todas sus facultades morales estaban como bajo el influjo de una exacerbación febril.

Sánchez después de una larga y silenciosa concentración, exclamó sin sentirlo.

—¡Qué horrible es ver claro!

Efectivamente, Sánchez estaba viendo claramente su inevitable ruína, y al volver los ojos al hogar doméstico, al buscar ese consuelo de la confianza familiar y de las mútuas intimidades, encontraba su casa vacía; y allí, donde creía encontrar una compensación, estaba el embrollo y la guerra doméstica: reo del delito de infidelidad, su-

fría la pena del talión, considerándolo á Amalia próxima á abandonarlo y á las gentes que lo rodeaban recelosas y hurafñas, esperando el fin de aquel estado de cosas, efímero y deleznable; leía en cada semblante la desconfianza, en doña Felipa una reserva extraña; en su compadre un ojo penetrante que le adivinaba á su pesar todo lo que Sánchez pensaba; en sus criados veía acreedores pasivos, pero en cuyo semblante leía Sánchez aquella mañana precisamente un secreto reproche y un disgusto mal disimulado.

En un momento iba á ver desaparecer el conjunto de apariencias de rico que le rodeaban, para convertirse tal vez en reo entregado al desprecio de las gentes y al poder de los tribunales.

Hacía diez días que Sánchez había tocado á varias puertas, que había recurrido á ciertos amigos, de cuya amistad y poder no debía dudar, y uno á uno, con diversos pretextos y de distintos modos, se habían excusado, haciéndole perder una por una todas sus esperanzas.

El abogado encargado de algunos de los asuntos de Sánchez, no tenía ya por su parte ninguna fé en prolongar la situación; la fuerza de inercia estaba agotada, la transiología judicial recorrida, los plazos al vencerse y todo en fin, auguraba que Sánchez bajaría en breve de su falso pedestal para ser entregado al desprecio público.

Un mundo de reflexiones acudía á la imaginación de Sánchez, y agobiado con sus propios pensamientos, había permanecido más de una hora y media sentado en un sillón y sin cuidarse de nada de lo que inmediatamente le rodeaba.

Don Aristeo, interesado como estaba en ponerse al tanto de los asuntos de la casa, hacía también largo rato que había aparecido á la puerta de la pieza en que estaba Sánchez, pero al verlo tan abstraído, don Aristeo prefirió guardar silencio.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Sánchez y como si temiera que aquella verdadera expresión de su estado moral fuese sorprendida por algún importuno,



volvió la cara en torno suyo, para cerciorarse de que estaba solo, cuando vió á don Aristeo casi frente á él.

Sánchez se estremeció, como el culpable cogido infraganti, y procurando reponerse exclamó:

—¡Ah! ¿es usted, compadre?

—Sí; venía á saber si ha habido novedad.

—No: ninguna, dijo Sánchez haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y en seguida agregó:

—¿Ha venido alguien á buscarme?

—Los de siempre, exclamó tranquilamente don Aristeo.

—Bórreme usted de todos los periódicos, ya no quiero periódicos, no he leído uno solo, están muy insulsos, todos dicen una misma cosa.

—Bueno, contestó don Aristeo.

—¿Y Amalia?

—¿Amalia? bien, no ha habido.....

—Quisiera hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Vea usted, compadre, hoy parece que está usted mal dispuesto, después del reciente disgusto y de.....

—Es que estoy decidido á tomar una determinación.

—Ya veo que eso es indispensable; pero si á usted le parece empezaremos por lo que más importa.

—¿Y á qué asunto le da usted la preferencia, compadre?

—¡Cómo á cuál! al de la finca de Oaxaca; vea usted que mientras más tiempo se pase.....

—Bien; pero ya sabe usted que la dificultad es el dinero; ya sabe usted que yo no puedo disponer por lo pronto de un centavo.

—Suprimiendo algo.....

—¿Algo? ¿qué quiere usted que suprima?

—Podía usted hacer un ahorro de trescientos pesos.

—¡Ah! dijo Sánchez, ¡ya, ya sé adonde vamos á parar!

—Ya verá usted, añadió don Aristeo, que

eso lo concilia todo; me da usted trescientos pesos en señal de trato, y tiramos en seguida la escritura en la que cedo á usted todos mis derechos y acciones.

Don Aristeo y Sánchez se engolfaron en el intrincado negocio de la casa de Oaxaca, cuyos pormenores ofrecen poco interés para el lector; y después de haber hablado mucho, Sánchez se decidió á prescindir de la cocota, sacrificándola en aras de sus necesidades.

Don Aristeo no pudo contener una exclamación de júbilo, al pensar que con aquellos trescientos pesos iba á sustituir á Sánchez en su papel de gran señor al lado de la mujer más encantadora que había visto en su vida.

Iba don Aristeo á suspender aquí su entrevista, una vez que había conseguido su objeto, pero Sánchez le obligó á continuar, haciendo recaer la conversación sobre Amalia.

—Compadre, yo no quería decir nada y

aún creo que no será nada tampoco; pero Amalia.....

—Amalia, ¿qué?

—Amalia no está en casa.

—La verdad, no.

—¿Adónde fué?

—Dicen que á la casa de la Chata.

—¿No durmió aquí anoche?

—No, no, compadre; anoche no durmió...

Sánchez montó en ira; se puso hecho un energúmeno, pateó y se propuso armar un escándalo; mandó llamar á doña Felipa á fin de que buscara á Amalia en la casa de la Chata.

—Yo creo que todo eso es inútil, dijo doña Felipa; á mí nadie me quita de la cabeza que Amalia se ha ido con intención de no volver más; la Chata ha estado aquí y se llevó algunos bultos de ropa y no sé cuantas cosas más.

—¿Y tú lo has permitido?

—Qué había yo de hacer; ya sabes que no me gusta meterme con Amalia, y debido á esa prudencia hemos podido estar en paz;

pero digo lo que me parece, porque ya sabes que todo lo observo.

—Esto no se puede quedar así, compadre, voy á dar pasos; voy á ver al gobernador, á la policía, y á todo el mundo.

—Poco á poco, compadre; es necesario tener mucha prudencia en estos asuntos.

—¡Prudencia cuando le juegan á uno las barbas! ¡Prudencia cuando esta mujer, por quien tanto me he sacrificado, se va de mi lado sin decir una palabra!

—Razón de más para suponer, dijo don Aristeo, que acaso no se haya marchado para no volver, porque lo que es ayer ha mandado avisar que no se le esperase; y la prudencia aconseja esperar. ¿No le parece á usted bien, compadre?

—Sea por ahora, pero si se pasa el día....

—Ya veremos, compadre, ya veremos.

Al oír las once Sánchez pensó en la oficina, y como era día de quincena, se apresuró para salir de su casa; aunque en materia de quincenas cada una que pasaba era

un suplicio para Sánchez viéndolas pasar á ageno poder.

No bien hubo salido Sánchez, don Aristeo se puso al tocador y volvió á engalanarse como el día en que fué á visitar á la cocota.

—¡Cómo, señor don Aristeo! ¿estamos de tiros largos?

—Tengo que hacer en los juzgados, contestó don Aristeo, quien tenía ya estudiada su respuesta. Por fin se ha conseguido algo, parece que mi compadre se decide á hacer la economía de los trescientos pesos.

—¡Bueno, bueno! exclamó doña Felipa; y qu'era Dios que las cosas se compongan, señor don Aristeo.

No necesitamos decir hacia donde encaminaba sus pasos don Aristeo.

Al llegar al número 3 de la calle en que vivía Ketty, encontró don Aristeo al vagamundo, como si lo estuviera esperando.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días, contestó maquinalmente don Aristeo.

—¿No se le ha olvidado á V. el número?

—¿Qué número?

—El 3.

—¡Ah! ¿eres tú, pillastre? Toma y ve por donde no hagas daño.

—¡Ah! ¡qué señor! dijo el muchacho tomando la propina que le dió don Aristeo, y echando á correr á lo largo de la calle.

Don Aristeo subió y se hizo anunciar.

—¡Mi buen amigo! dijo Ketty al recibirlo.

Don Aristeo, á pesar de haberse preparado lo bastante para arrostrar con la emoción de aquel momento, estaba temblando.

Cuando se sentó aún le zumbaban los oídos, y la idea de que al entrar allí iba á alcanzar la más tentadora de las dichas que había soñado, lo embargaba completamente al grado que por un largo rato no pudo desplegar los labios.

Para Ketty, aquella emoción de don Aristeo equivalía á una salva de aplausos, y se lisonjeaba su vanidad de mujer, á pesar de la triste figura y los años de don Aristeo, pensando en que su hermosura era la causa de la revolución que se operaba en su visitante.

—No debe usted extrañar, dijo al fin don Aristeo, que me encuentre tan vivamente impresionado en presencia de usted; digo impresionado para expresar..... Usted comprende bien el castellano, ¿no es verdad?

—Sí señor, un poco.

Don Aristeo, que había hablado en su vida muy pocas veces con extranjeros, pensaba lo que todas las personas que solo conocen su idioma; le parecía que Ketty no lo entendía perfectamente; se figuraba que tal vez sus más bellas construcciones gramaticales y sus mejores frases, iban á ser palabras al viento, por no estar al alcance de Ketty.

Don Aristeo deseó de todo corazón saber inglés ó francés, ó el idioma que conociera Ketty más á fondo, pues deseaba aprovechar todas sus ideas para inspirarle interés y cariño á Ketty por medio de su elocuencia.

—Desde el momento en que usted tuvo la amabilidad de recibirme, manifestándome generosamente que un hombre como yo po-



día hacerse amar, me abrió usted la puerta de la esperanza, mas...

—¿Cuál puerta, señor?

—Quiero decir, me inspiró usted una esperanza, tal vez la más risueña de mi vida.

—¡Ah! si señor, usted debe tener esperanzas en sus minas de usted; las minas dan mucho dinero. ¿Y van bien las minas, señor?

—Perfectamente, exclamó Don Aristeo, hoy debo recibir dinero de las minas, mucho dinero, mucho *mones*, se atrevió á decir el viejo para darle á su idea más realce, y pensó: así está bueno, esto es un golpe certero; sus ojos se han animado y hasta ha sonreído cuando dije *mones*.

—¡Oh! bien, muy bien, dijo Ketty!

—Y dígame usted, señorita, ¿supuesto que tengo minas, me será permitido preguntar á usted?

—¡Oh! sí, puede usted preguntarme.

—Decía yo... preguntar á usted si podría yo.... en fin, conseguir que usted me ame.

—Usted lo sabe, señor..... yo no puedo decir.....

—Porque, oiga usted.... creo que Sánchez....

—¡Oh! Sánchez! Sánchez! dijo Ketty con cierto enfado, Sánchez tiene malos negocios y no hace pagos este mes; Sánchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá á visitar á usted?

—Sí señor, Sánchez puede venir, pero el señor Sánchez no es amigo mío, yo le recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto Don Aristeo necesitaba para ser feliz y solo pensaba que el tiempo era precioso y que no debía sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posición con respecto á Ketty.





## CAPÍTULO XI.

---

SIGUE LA TRIBULACIÓN DE SÁNCHEZ  
Y EMPIEZA LA DE DOÑA  
CEFERINA.

**M**UY poco tiempo tardó Sánchez en convencerse de que Amalia lo había abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya había combinado no sabemos cuántos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

«Sánchez:

»Todo ha concluído entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi resolución es irrevocable; resuelta á todo, espero impasible cuanto pueda sobrevenirme. Doy á usted las gracias por no haber querido nunca legalizar nuestra unión, pues esto sería hoy un lazo que tendría que respetar á pesar mío. Sea usted feliz y adios para siempre.

Amalia.»

Estaba reservado á Sánchez este momento para conocer todo lo que amaba á Amalia, y sentía la más amarga desazón al considerarse abandonado sin remedio.

Conoció que de todos los golpes que le esperaban, éste sin duda era el que lo afectaba más profundamente, y se entregó al más íntimo y amargo dolor.

Don Aristeo lo encontró llorando.

—¡Compadre exclamó al verlo entrar, soy muy desgraciado.

Don Aristeo se encogió de hombros, pero se sentó á su lado.

—Vamos á ver, compadre, ¿por qué se aflige usted de ese modo?

—Porque no puedo conformarme con lo que me pasa, y quiero tentar todos los medios antes de tomar una resolución desesperada.

—¿Pues qué es lo que quiere usted hacer?

—En primer lugar, averiguar dónde está Amalia y luego, que usted, compadre, la vea, ofreciéndole que le daré garantías de paz y seguridades para el porvenir; puede usted hacerle patente que con respecto á Ketty, no hay nada ya, y aún pudiera usted hacerle creer que he dado este paso por conciliar la tranquilidad doméstica.

—Está bien, compadre, haré todo lo que usted me ordene y veremos si consigo algo favorable.

—Y sobre todo, antes que se sepa; figúrese usted, compadre, qué papel haré di-

ciendo que Amalia me ha abandonado; y luego, en momentos en que mis negocios andan mal: ofrézcale usted, compadre, cuanto quiera, y pase usted á mi nombre por todo, consiga usted que tengamos una conferencia.

—Pero..... piénselo usted bien, compadre: el paso que ha dado Amalia, es de tal naturaleza, que en mi concepto no debía usted promover un avenimiento.

—Si solo atendiera á mi dignidad ultrajada, sería así; pero hay algo superior á todo, y es, que la amo: compadre, la amo sin que yo mismo haya podido darme cuenta de lo inmenso de este amor, sino hasta el momento de perderlo.

—En todo caso, dijo don Aristeo, mi opinión es, que no debe hacerse nada precipitadamente, ni tomar resolución alguna en estos momentos de efervescencia y de ceguera: yo le ofrezco á usted solemnemente averiguar como están las cosas y le daré á usted cuantas noticias sean conducentes, para que en vista de ellas tome usted su re-

solución, y que en todo caso, ésta sea bien meditada y prudente.

Mucho trabajo costó á don Aristeo hacer desistir á Sánchez de sus proyectos, y sólo después de una larga y acalorada discusión, logró que aceptara sus consejos de manejarse con prudencia, para lo cual se pusieron de acuerdo los dos compadres en que, á reserva de averiguar el paradero de Amalia, y las circunstancias de su fuga, se corriera la voz de que, de acuerdo con la familia, estaba mudando temperamento en Tacubaya ó en cualquiera de los pueblos de los alrededores de la capital.

Esta reserva que á Sánchez y á don Aristeo les pareció de fácil salida, fué de todo punto imposible tratándose de doña Felipa, de doña Anita y sobre todo, de doña Ceferina; quien no tardó en presentarse á la hora del chocolate, muy atribulada por supuesto, y llena de aflicción por aquel ruidoso acontecimiento.

—Ahogándome, Felipita, ahogándome; pero ya sabes que en tratándose de un cui-

dado soy la primera; con que.... ¿qué tal va de pesadumbre? ya me figuro cómo estará esta casa; crea usted Felipita, que no he podido pensar en otra cosa. Yo estaba muy quitada de la pena en casa de las Rodríguez, cuando me dice doña Juanita:—¿qué dice usted, doña Ceferina de mi alma, la desgracia del señor Sánchez?—¡Ave María Purísima! ¿qué desgracia? pregunté yo muerta de susto.—¿qué desgracia ha de ser, será posible que usted no sepa nada siendo de la casa?—Pues no sé nada—¡Ande usted, me dijo doña Juanita, pues la cosa es seria! Figúrese usted que Amalia se ha salido de su casa!—¡Es posible!—Y poderoso, me contestó doña Juanita, como usted lo oye, mi alma; y se habrá usted quedado de una pieza como yo me quedé. Y positivamente me quedé como si me hubieran echado encima un jarro de agua fría; pero considerando cómo estaría usted, me vine en el momento, haciendo hasta la grosería de dejarles el chocolate en el cuerpo, porque ya lo habían mandado hacer.



Doña Ceferina no se hubiera perdonado nunca tomar resuello antes de concluir su parlamento con el pedimento del chocolate, pero redondeado ya su discurso, con aquel incidente esencial, esperó tranquila á que doña Felipa tomara la palabra.

—Pues ya debe usted figurarse cómo estaré, doña Ceferina, porque de esta hecha, adios casa, adios comodidades, adios todo; ¡sólo Dios sabe lo que nos espera!

—¿Y qué se fué sola doña Amalia?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía.

—La cosa no tiene mucho que pensarse, crealo usted, doña Felipita; nosotras nunca nos vamos solas. ¿Venía don Ricardo todas las noches? pues con don Ricardo se fué; no hay que dudarlo.

—Sí; pero eso no pasa de una suposición.

—Ya se ve que es una suposición; ¡ni cómo me había yo de atrever á asegurarlo, ni á darlo por hecho! pero en fin de algo le han de servir ¡á uno los años que ha vivido y las cosas que ha visto.

—¡Por de contado!

—Y el pobrecito de su hermano de usted ¿qué tal estará, muy apesadumbrado? ó no?

—Está que no tiene consuelo.

—¡Vea usted! pues yo no lo hubiera creído; ya sabe usted, por aquello de la extranjera.

—Pero eso, ya acabó.

—¡Ya acabó! ¡Bendito sea Dios! tengo eso más que agradecerle á mi Santo Señor del Buen Despacho, porque, créalo usted, doña Felipita, yo no me olvido de nadie en mis oraciones; y aunque mala y pecadora, todavía no estoy tan mal parada con algunos santos de mi devoción, que me hacen cada día nuevos milagros; todo por la infinita misericordia divina. ¡Vaya, mi alma! con que no hay mal que por bien no venga, y bien vengas mal si vienes solo, porque de que á una se le juntan, es cosa de morirse. Y dígame usted..... ya sabe usted lo que son las gentes, que tienen una lengua que hasta miedo da, ¿será cierto que el

señor Sánchez, su hermanito de usted, está el pobrecito muy mal en sus negocios?

—¿Quién le ha dicho á usted?

—Eso sí que no puedo decir, porque ya sabe usted mi sistema, mi alma, el pecado se dice pero no el pecador. Y á todo esto: ¿qué dice de esta desgracia el señor don Aristeo?

—Figúreselo usted al pobre tan corto de espíritu; es cosa que habla solo, y ni come; todos los días se viste y se sale á la calle, porque anda muy ocupado en los negocios de mi hermano, á tal grado que hasta de noche sale, y se recordará usted, esto no lo hacía nunca.

—¡Pobre de don Aristeo! ¡es tan bueno! Y vea usted, yo nunca creí que consiguiera quitarle al señor Sánchez el quebradero de cabeza; es buena que me eché á reír cuando me dijo que iba á ver á esa señora.

—Pues hasta ese sacrificio ha hecho el pobre de don Aristeo.

—¡Y vaya si es sacrificio tratar de buenas á primeras con una mujer de esas sin

religión y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo á usted que ya no se puede vivir sin tener por delante más de cuatro ojos que la fiscalicen á una sus acciones!

Doña Ceferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando á la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.





## CAPÍTULO XII.

---

### LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

**E**N el punto á que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situación de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Después de cierto tiempo es cuando volvemos á seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sánchez, por ser uno de los tipos de nuestra predilección.

Sánchez no pudo conjurar la tempestad.

Los plazos se vencieron, y á pesar de todas las influencias, sus fincas fueron embargadas, si bien después de las moratorias consiguientes á la chicana y á la preciosa tabla de la tramitología judicial.

Entre tanto, Sánchez, según expresión de él mismo, se había vuelto cabeza.

Por lo demás, nada había avanzado sustancialmente.

Llegó á saber que Cárlos lo necesitaba, y Sánchez, en su tribulación, vió en lontananza como un iris de paz, al angel del soborno, dado caso que haya iris y angel de esa calaña.

Pero Sánchez lo vió sin duda, porque estaba en estado de ver visiones.

A pesar de esto, el angel se hizo esperar más de lo necesario.

El otro angel, la cocota, estaba suprimido del presupuesto, lo cual era un ahorro, aunque no un consuelo.

Amalia, que bien pudo haber sido otro angel para Sánchez, había volado también.

En cambio, Sánchez estaba en poder de sus acreedores, en la resbaladiza pendiente

de su ruína: la única teta á que había quedado colgado Sánchez era á la de la Tesorería general de la Nación, teta providencial y reformadora, que ha obligado á prorrumpir en famélicos desatinos á más de cuatro patriotas como Sánchez.

Pero todavía esta teta tenía un mamón inagotable: el agiotista.

Calcúlese cuál sería la situación de Sánchez.

Pero el destino no es tan inflexible, que, en medio de los más difíciles predicamentos, no nos permita el placer de encontramos por esos mundos de Dios con un amigo, con ese gran consuelo del hombre, con ese mito de todas las edades y de todas las naciones, con el hombre en fin; con el hermano revestido con el sublime carácter de coadjutor, de obrero, de ayudante, en una palabra, de amigo.

Sánchez se lo encontró á pedir de boca, y más á tiempo que si lo hubiera buscado con la linterna de Diógenes.

No diremos quién era el tál, por temor

de no poder ocultar bastante los perfiles de una fotografía, que podría convertirse en una acusación personal.

Este amigo era todo un hombre, y no así como quiera, sino práctico, conocedor, vividor, patriota de los de la Junta y de los que van por delante de los que fabrican vítores y brindis; de esos expansivos que le deben á la patria cien veces más de lo que la patria les debe á ellos; en una palabra, este amigo á quien nos referimos, era el hombre que necesitaba Sánchez.

Sánchez había descendido al café, y decimos *descendido*, porque Sánchez frecuentaba el de Zúñiga, el de Manrique, el del Cazador y el del Refugio, quiere decir, Sánchez tomaba, por un real, café y aguardiente, mistura conocida por toda la crápula social masculina, con el nombre de fósforo.

Esta poción es en México la verdadera leche de la desgracia, y los *fósforos* figuran en la estadística de la moralidad pública, como el guano de todos esos cerebros á



medio vivir y de todos esos estómagos á medio comer que forman el elenco de las tabernas de los de levita.

Sánchez había ocurrido ya á esa trampa social, que se le bautiza con el nombre de compensación, cuando no es más que un *mientras* entre la desgracia y el cementerio.

Pues bien; Sánchez un día, aún con la tinta de la oficina en los dedos, entró al café de Manrique.

El spleen es lo más estúpido que conocemos cuando se quiere curar á sí mismo; los ingleses toman té, y después un baño en el Támesis ó una bala en la sien: en México se recurre al fósforo, supletorio de la sopa de fideos y de otras cosas alimenticias.

Sánchez, en lugar de ir á la fonda se fué al café.

Allí, envuelto en la nube de su propio cigarro y delante de su *fósforo*, filosofaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas; allí en las espirales del humo, veía pasar á Amalia y á Ketty; allí recordaba el té de Carlos y sus esperanzas de seguir siendo

gran señor, allí pensaba en que los suyos, sus correligionarios, los de su círculo, incluso don Benito, no le hacían caso; allí notaba la ausencia de un botón, lo torcedura de sus tacones y otro porción de miserias, y allí en fin, fué donde se encontró á su amigo.

Una tarde, entró Sánchez buscando su rincón favorito, su confesonario, su reclinatorio, y encontró que no había en el café más asiento vacío que el suyo; pero enfrente había un parroquiano.

El parroquiano notó que Sánchez vacilaba, é hizo un ademán invitando á Sánchez.

Sánchez se tocó el sombrero y se sentó.

Los tomadores de *fósforo* ya no lo piden, los criados se lo dan.

Bastó al criado ver á Sánchez para decirle al encargado de la cantina.

—¡Un fósforo!

Esta voz estentórea y aguardientosa, resonó de una manera particular en aquel recinto del humo, del café y del alcohol.

El ordinario despacho de esos cafés ta-

bernarios. excluye todo refinamiento: no hay que buscar una tacita de porcelana de Sèvres, de bordes doblemente dorados con el nectar de los pensadores; no hay que buscar la cucharita de plata ó de Christoffle ni la azucarera, ni las pinzas; no, allí, al parroquiano se le sirve café bien tinto (siquiera sea por desconocidos y no legales procedimientos) en un vaso de vidrio confeccionado en la calle de los Siete Príncipes ó en Texcoco; el vaso descansa en un plato blanco, cuyo esmalte deteriorado permite al tomador de café, reconocer la materia prima del trasto; vienen cuatro terrones de azucar en la charola, cuyos colores huyeron para siempre: allí está la indispensable cucharita de latón, que salió de un golpe de las manos del latonero, y por economía de copa, y para simplificar el procedimiento, viene el aguardiente catalán en el propio vaso, donde el criado vierte el café: todo este conjunto de groserías se llama *fósforo*.

Ocupando los dos lados de una mesita de madera pintada, estaban Sánchez y

su presunto amigo. Cada uno frente á su *fósforo*.

—Es bueno aquí el café, dijo el desconocido.

—Sí, señor, contestó Sánchez, con efecto.

—¿Usted viene todos los días?

—Sí, dijo Sánchez, remedando un *sí* de clarinete de pura tristeza.

—Yo también.

—Bueno.

—¿Qué dicen por ahí?

—Nada.

—Todo como siempre.

—Sí.

Hubo una pausa.

Sánchez sacó cigarros.

—¿Fuma usted? le dijo á su vecino.

—Soy de á caballo.

Sánchez encendió un nuevo cigarro en el que acababa.

—¿Usted es empleado? dijo el vecino.

—Sí.

—¿De hacienda?

—Sí.

—¿Y pagan?

—Sí.

Este tercer *si* fué bemol.

—¡Vaya! ¿qué milagro? pues á mí no me pagan, yo soy pensionista; estoy retirado del servicio y soy de los mutilados, tengo mis cicatrices honrosas y mi hoja de servicios que no hay más que pedir; y ya me ve usted aquí dado al diablo, este es el pago que nos dan, todo por que dizque servimos al imperio, y ese no es más que un pretesto para no pagarnos, para cogerse nuestros alcances; ¡qué imperio ni qué calabazas!

—¿No sirvió usted?

—No, qué había yo de servir al imperio: yo serví á la nación y como soldado, fui donde me mandaba mi jefe.

—¿Quién era su jefe de usted?

—Pues el general D. Leonardo Márquez.

—Entónces.....

—Que no serví al imperio, yo serví mi empleo y al que me pagaba: todo como soldado.

—Eso es.

—Después me pasé, cuando iban á ganar los liberales, pues ni eso me agradecen todavía, cada vez que pueden me dicen que si fui traidor y que si por aquí y por allí y nada, yo lo que creo es que me tiene tirria el ministro; y si no, ahí no tiene usted tantos *sinvergüenceros* colocados, y tamaños traidorotes que son, porque esos sí estaban por su gusto. ¿Y usted señor, andaría también en la bola?

—Sí.

—¿En la revolución?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Algo.

—¿Usted es de los del Paso del Norte?

—No.

—¡Ah!

Hubo otra pausa larga.

El desconocido estudiaba á Sánchez y le estaba conociendo que tenía algo.

—Usted está muy triste.

—Sí.

—Penas que no faltan.

—Sí.

—¡Ay amigo! si es una cosa de corazón lo compadezco, porque esto de las mujeres..... mal haya la..... si viera usted lo que me han hecho pasar. ¿Ve usted esta cicatriz? pues no es de bala.

—¿No?

—No, señor, de una pícara más mala que una legión de diablos.

—Con que.....

—Por nada me deja sin ojo: si no ha sido por el señor Vértiz. ¡Qué buen médico es el señor Vértiz! pues como le iba á usted diciendo, me pegó.

—Mal negocio.

—Malo ¿y á usted no le han.....

—No, á mí no.

—Repetiremos el cafesito ¿le parece á usted?

—Hombre.....

—Sí: ¡mira muchacho! dijo al criado, otros dos.

El criado quitó los trastes y gritó:

—¡Otros dos fósforos!

Sánchez empezó á reprocharse su lacónismo.

—¿Pues qué? usted no está bien á pesar de haber andado en la bola?

—No me alcanza el sueldo, tengo muchos gastos.

—No sabrá usted la biblia.

—¿Qué biblia?

—Pues trepar, amigo, trepar; aquí, ya sabe usted, el que mejor se agarra.....

—Sí, pero eso no es fácil.

—¡Adios!

—Hay algunos que tienen fortuna...

—¡No señor! ¡qué fortuna! pico, son picos largos.

—No sé cómo harán.

—¡Vaya! si yo fuera como usted ¡cuando había de estar así!....

—¿Pues qué haría usted?

—Trabajar.

—¿Cómo?

—Para ser diputado.

—¿Y qué son 250 pesos cada mes?

—¿Y las buscas?



— En eso no hay buscas.

— ¡Vaya! estando uno arriba....

— ¿Pero cómo?....

— Y luego se hace uno regidor.

— ?Y eso qué?

— ¡Ah! qué señor, pues usted si que tiene la leche en los labios. Si á mí me hicieran regidor, me ponía las botas.

— Usted cree....

— ¡Vaya! si mire: así de negocitos; y legales, eso sí y que no se los pueden probar á uno.

— Pero.....

— Todo está en ingeniarse.

— Pero yo no entiendo.....

— Tengo yo un compadre que es proveedor.

— ¿Y qué?

— El me ha dicho cómo se hace eso, pues no ve usted como se matan por ser regidores, y si fuera de valde, ¿usted cree que se andarían tropezando por salir.

— Todo eso es muy bueno, pero como yo soy liberal de buena fé.....

—No se trata de eso, liberales todos lo somos, solo que unos maman y otros no.

—Para eso sería necesario ponerse al corriente.

—Eso es muy sencillo, yo lo puedo poner á usted al tanto: sobre que de eso vivo.

—¿De eso vive usted?

—Sí señor; soy elector y con eso y con ser de algunas comisiones patrióticas, me voy vandeando.

El militar comenzó aquella tarde su cátedra oral, que era en toda forma un tratado sobre la manera de hacerse hombre grande.

Sánchez, como todos los desesperados, empezaba á concebir esperanzas á medida que el oficial desplegaba más elocuencia y multiplicaba los ejemplos.

El entusiasmo del oficial subió de punto en el momento en que Sánchez pagaba el café de los dos, y desde aquella tarde Sánchez contó en el número de sus amigos importantes á Delgadillo que así se llamaba el oficial.

---



## CAPÍTULO XIII.

CONTINUA EL PÍCARO TIEMPO HACIENDO  
ATROCIDADES.

**P**ASÓ, más pronto de lo que suele pasar la delicia de las situaciones anómalas, la miel de los amores de Amalia.

Ricardo dió pruebas de que era hombre práctico, porque el pobre de Sánchez no se decidió en último resultado ni á batirse con él, ni á reclamar á Amalia; se conformó con enviudar.

Ricardo fué espléndido los primeros días, pero á cierto tiempo se había transformado en económico.

La posición de Ricardo era un verdadero enigma; y representando admirablemente su papel de rico en todas partes, no había dejado traslucir del misterio de sus ingresos más que esto: jugaba.

Con esta palabra se conformaban los más curiosos y los más exigentes, y encontraban en ella la solución de todas las prodigalidades de Ricardo.

Llegó un momento en que Amalia se dió cuenta de su falsa posición: Ricardo empobrecía, había más, empobrecía á Amalia.

En las grandes capitales existe una pasión ignorada en el campo, en las aldeas ó en los pueblos cortos: la mujer encuentra en su equipo una parte substancial de su sér, un complemento indispensable de su individualidad.

Amalia, viviendo en el almacén de sus cien vestidos, de sus afeites, de sus sedas y de sus joyas, era la oruga de un caracol dorado.

Dos cosas constituían la personalidad de Amalia: Ella y lo suyo.

De modo que cuando Amalia empezó á ver menguarse su guardaropa, sintió la tristeza de un pájaro, al que se le caen las plumas, ó de un pescado al que se le caen las escamas.

No es posible medir el tamaño de esta terrible contrariedad en la mujer de la ciudad populosa. Amalia sentía deshojarse, y el *comfort* comenzaba á huír de su derredor de una manera que le desgarraba el alma.

Amalia hubiera sido capaz de asirse de un hierro candente; y nada, ninguna consideración, ningún recato, ninguna reserva hubiera sido bastante á contenerla en su ansia de mantener su posición: se sentía capaz de transijir con el crimen.

El apoyo de Ricardo se desvanecía por momentos. Ricardo estaba hastiado, y lo dejaba traslucir en sus menores movimientos.

Amalia volvió la cara en torno suyo, y la amenazaba la desolación de su alma, porque no tenía amigos ni parientes

El único salvoconducto de Amalia en la vida había sido su hermosura, y ya se en-

contraba con la patente sucia; el tiempo se dejaba caer pesado é inexorable sobre Amalia, marchitándola y anunciándole un fin tristísimo.

¡Ah! ¡cuánto hubiera dado por ser una madre de familia, la última, la más humilde de las mujeres legítimas! ¡Cuando lloró su primera liviandad, estaba cosechando el fruto amargo de su libertad de ideas, de su trasgresión de los sanos principios, de su ligereza imperdonable!

Amalia, en aquella pendiente buscaba con una ansia febril un nuevo amor, porque el amor había sido su vida, su negocio, su patrimonio, su sér social.

Nadie la amaba ya, y en medio de este aislamiento, Amalia miraba á los hombres, como viera un arpón (si el arpón tuviera ojos) á un pescado de gran calibre.

Amalia, antes, sabía reirse y mirar, porque había cierta naturalidad en estas dos *llamadas de troça*, porque estaba querida por alguno y deseada por otros; pero desde el momento en que Amalia tuvo, como los

marinos, que soltar todo el trapo, acentuó su sonrisa y concentró su mirada, y sonrisa y mirada resultaron zurdas para el espectador.

Era la sonrisa peculiar de la jamona, parada todavía en el dintel de la vejez para ofrecerse en tardío sacrificio ó para despedirse de los hombres.

¡Horrible acabamiento, despedida cruel, para la mujer que no lleva al último tercio de la vida, un corazón puro y el tesoro de sus virtudes!

Ser vieja y despreciable, inmediatamente después de un presente de fausto y de ilusiones, no tener ni un hijo, ni una familia, ni un amigo.

¡Qué cuenta tan friamente desgarradora! ¡qué libro tan lúgubre el de una vida sin virtud!

Los días caían sobre Amalia, como las heladas sobre los sembrados: veía al espejo la progresiva é inevitable invasión de las arrugas, y los ángulos de la vejez iban sustituyendo á las graciosas curvas de la hermosura.

Ricardo recogió las últimas flores de aquel vergel, que se volvía erial, y lo que llamó felicidad se había convertido en un engorro.

La Chata estaba más fresca, parecía más joven que Amalia; seguía siendo la Chata.

Un día se separó Ricardo del lado de Amalia para no volver más. Supo Amalia, ocho días después, que había montado en una diligencia: algunos acreedores de Ricardo citaron á Amalia ante los jueces

Amalia comenzó á vivir de lo que le quedaba, quiere decir, la oruga se comía su caracol.

Hizo aún algunas tentativas: tuvo cierta predilección por los imberbes; era infinitamente amable, tanto cuanto eran infinitamente fríos los pollos y cautos los señores grandes.

Amalia estaba á punto de arrojar sus galas por delante al ataúd de sus ilusiones; pero todavía al borde, dirigía la vista en torno suyo, por si en el desierto de su vida hubiera quedado un solo hombre capaz de ser ciego.



Nada: desolación por todas partes. Amalia estaba por demás en el mundo, y contemplaba con un horror imposible de describir, el conjunto de los días que le quedarían de vida, porque aquellos días iban á ser la vida de una vieja vacía.

Darse á Dios, es una famosa ocupación que tranquiliza soberanamente á las viejas; y ese tercio de solemne reparación es la consecuencia de un buen principio.

En Amalia se había perdido ese fundamento; Amalia estaba reformada por el descreimiento; al abandonar sus prácticas religiosas no había reformado su fé, ni sustituido lo que no debía ser con lo que debía pensar. Amalia, á imitación de muchas gentes de moda, había hecho punto omiso de la cuestión religiosa, y en cuanto á la base no se había tomado la molestia de pensar que hay algo que se llama moral, y que éste es un alimento que necesita el espíritu humano, como necesita el cuerpo el aire atmosférico.

Ya se ve, había estado siempre tan dedi-

cada á leer la *Moda Elegante*; había tenido siempre tanto que hacer con los olanes, y los puff, y los dijes y los cien mil adminículos de su persona, que no le había alcanzado el tiempo para dedicarse á cosas que no se conocen en la cara, ni se adivinan en el talle, ni hacen bonito el pié.

La vida de Amalia, según ella misma creía, había sido una continua lucha: realmente no descansaba; la revista de sus trajes, el cambio impertinente de la moda, las exigencias sociales, sus costumbres, su clase, su posición, su hermosura, sus atractivos, su bien parecer, sus aventuras galantes. ¿No contenía en sí todo esto la más grave y afanosa de las ocupaciones? ¿tendría tiempo, en medio de tantas atenciones, para leer libritos de moral ó para rezar novenas como las viejas?

Ella no tenía la culpa, hacía lo que todas: entraba en la moda, se componía, cumplía su misión de parecer bien; era el ornato de un salón, la figura prominente en el baile, la alegría de Sánchez, la envidia de muchas

señoras elegantes, el terror de las beldades ordinarias, la ilusión de los pollos, el deseo tentador de algunos viejos; ¿qué mas? ¿No es esto hacer papel? ¿no es esta la mujer en la más útil de sus fases? ¿no es esto lo que busca hoy el hombre en sociedad? ó sino, ¿por qué vapulear á las mochas? ¿por qué reirse de las mujeres que van atrasadas en la moda? ¿por qué censurar á las hacendosas? ¿por qué horrorizarse de la que guisa? Amalia no sabía hacer nada de esto, y cumplió su misión; realizó el bello ideal de la mujer de moda; se vistió bien, se perfumó, se peinó admirablemente, supo hasta el último detalle de la moda, supo hasta tomar los gemelos en el teatro, en la postura más incómoda que se conoce, supo agacharse para darle aire al puff, todo eso supo; supo ser encantadora: lo oyó decir mil veces. ¿Y quién le disputó su papel de reina de la moda, de mujer de un gusto y de una elegancia sin límites?

Pero ¡ay! cuando la realidad tocó á su puerta, cuando los pétalos de su hermosura

se fueron desprendiendo de su cáliz, cuando su *cútis* resistía al afeite, cuando el tiempo le escarabajaba el rostro, plegando aquel *cútis* de rosa. ¿Qué se hizo del tesoro que Amalia había elaborado durante tantos años? ¿para qué le servían las galas si todos, todos huían de ella, como de un apestado?

Y luego, que la vejez parecía complacerse en destruir en Amalia precisamente las líneas que ella había contemplado con predilección ante el espejo: la gracia de su boca tenía ahora no sabemos qué de grotesco, porque unos malditos ganchos de oro de que Chacón se había valido para sujetarle cuatro dientes, influían de una manera incomprensible en los movimientos de sus labios.

Después de su última enfermedad de anginas, Amalia había quedado ronca para siempre, y ella misma notaba que en el teclado de su voz, por más esfuerzos que hacía, no podía levantar los *apagadores*.

¡Pérfido pedal del *piano* que no resiste al peso de cuarenta y cinco calendarios!

Por más que se diga, la tal humanidad no está compuesta más que de gentecilla de pipiripao que se desencuaderna al menor soplo.

Amalia derramó abundantes lágrimas ante la primera camisa de algodón que iba á ponerse y ante los primeros botines ordinarios que iban á aprisionar sus mimados piés; cada despedida era un dolor, y cada dolor un castigo.

La vida estaba siendo cada vez más insoportable para Amalia.







## CAPÍTULO XIV.

### AMOR PLATÓNICO.

**E**N la casa de Chona todo era igual hacia mucho tiempo. Salvador hacía invariablemente dos visitas al día, una de las diez y media á las doce, y otra de las ocho á la una de la noche.

Esta constancia no necesitaba ponerse á discusión ni entre la servidumbre, ni entre los dependientes de la casa, sino que era traducida desde luego de esta manera.

—Salvador es el amante de la señora.

Se murmuraba ya entre las amistades de la casa, sobre aquella constancia ejemplar

de Salvador, aunque no faltaba persona que saliera garante de la inculpabilidad de Chona, por haberla visto con sus propios ojos confesarse en la Profesa.

De todos modos y en la duda de lo que pudiera haber de cierto, dos familias se habían retirado resueltamente; otras habían escaseado sus visitas, y Chona comprendía ya la causa de aquel retraimiento.

Pero seguían yendo los parientes y muy especialmente las personas que tenían negocios en la casa.

—¿Porqué estás triste? le preguntaba Salvador á Chona una noche.

—Ya lo sabes, porque las gentes que nos rodean, no son capaces de medir el sacrificio que hacemos por nuestro deber, sinó que nos juzgan como á todos.

—Qué quieres, ¿esto no se puede evitar! la sociedad está acostumbrada á juzgar sólo por las apariencias ¿pero no te basta tu conciencia?

—Es cierto, en cuanto á mí estoy tranquila, ¿pero de qué me sirve esta convic-



ción, cuando paso á los ojos de las gentes que me rodean, como una mujer culpable?

—Desecha esas ideas, ¿no tienes en mi amor una dulce compensación de cuanto pudieran hacerte sufrir las gentes? ¡Sabes cómo te amo! ¡Ah! si llegaran á comprender lo inmenso de mi amor!... Oye, cuando te veo, contemplo en tus ojos el cielo de una felicidad incomparable; cuando me hablas, escucho en tu acento una armonía que me enagena; cuando me sonríes, está el iris de todas las esperanzas en tus labios. ¡Ah! ¿de qué cielo has descendido hasta mi corazón, redentora mía? dime ¿en qué flor hay algo de tu esencia para besarla? ¿en qué estrella hay algo de tu mirada, para bendecirla? Yo siento que el amor viene de Dios, porque tú eres un angel, y siento que mi alma al unirse con la tuya se eleva hasta el cielo.

—¿Y rehusarías habitar en el santuario que se levanta en mi alma? ¿romperías sus puertas para mezclarte entre los que no te comprenden? ¿Enséñame otra felicidad más

grande que la de amarte? dime si hay otro mundo más allá de tus ojos, otra vida más allá de tu amor.

—Te tengo en mi alma, aquí te siento, aquí palpitas con mi sangre, aquí vives con mi aliento, Dios te ha puesto en mí, como ha puesto la esencia en la flor, como ha puesto su luz en mi espíritu, para que no perezca; tu nombre está en mis labios convertido en una oración y cuando lo pronuncio me lleno de tí. ¡Ámame como yo te amo, y verás desaparecer el mundo y sus miserias ante nuestros ojos!

—¡Salvador! articuló apenas Chona, conmovida.

—¡Chona, vida mía!

Salvador sin darse cuenta de lo que hacía, tomó entre las suyas las manos de Chona y las cubrió de besos.

Chona tenía embargada la voz y no fué dueña de sí misma.

—¡Ay! dijo al fin, ¿por qué me amas así?

—Te amo, contestó Salvador, porque siento que en mi alma hay algo de la tuya;

siento como si allá en la inmensidad desconocida, donde nacen las almas, las nuestras brotaron al mundo de un solo soplo y hasta hoy volvieron á juntarse.

—¡Es cierto! exclamó Chona, identificándose con Salvador, es cierto, yo he sentido otro tanto, he adivinado ese misterio y por eso me espanta este amor que nunca he sentido; conozco que mi camino es el del abismo, pero corro al impulso de una fuerza superior á mis fuerzas; me muevo con una voluntad que no me pertenece, y gozo con un corazón, que me parece no ser el mío.

—¡Con razón! interrumpió Salvador con entusiasmo, si es el mío. ¡Ah! de veras me amas!... ¡es cierto! y esta dicha es tan inmensa!... este placer es tan supremo!... que ante mis ojos no hay ya más que horizontes de felicidad que se sobreponen hasta tocar el cielo.

—¡Repítame tus promesas, Salvador! ¡ampárame contra tu propio poder, sé generoso, sé grande y báñate en mi espíritu; lejos de toda mancha; así al menos ofreceremos un

holocausto al mundo y nos sentiremos fuertes para arrostrar la mirada de los que pretenden avergonzarnos con su desprecio; armémonos con el escudo de esta superioridad, ya que alcanzamos el amor en la esfera de las almas grandes, ya que hemos sabido elevarnos sobre todas las miserias y sobre todas las violaciones vulgares.

—Sí, Chona, así nos amaremos. ¡No es verdad que en esa región espiritual, único templo de nuestro amor, llevando por lema la pureza, por blasón el orgullo, por juez la conciencia, podemos vivir eternamente esperando la accidental transformación para seguir viviendo *allá* donde nos amaremos como los ángeles?

—Sí, Salvador mío, así nos amaremos.

—Siempre ¿no es verdad?

—Sí, siempre! siempre!

Al cabo de un rato, durante el cual Chona y Salvador parecieron tomar aliento, Chona preguntó.

—¿Qué me ves?

—Te veo..... voy á decírtelo. La suprema

ley de las armonías me enseña que hay efluvios hermanos que se elevan juntos á la región de los espíritus; ¿cómo podría dudar que cuando me dices «*te amo*» en la vibración de tu voz no resuenan también las vibraciones hermanas como las notas del ave, como las cuerdas del piano? Si en la música no hubiera una de esas notas que salen de tu garganta cuando me hablas ¿cómo podría haber música en el mundo?

—Si en tus ojos no hubiera un destello de lo infinito, ¿cómo podría yo comprender el amor y la eternidad?

—¿No es verdad que sientes la aspiración constante á la perfectibilidad? ¿no es cierto que palpas lo transitorio de nuestra actualidad y nace mecido en las elucubraciones de tu amor, un angel que se llama *esperanza*: un angel que te señala mi horizonte?

—Sí, Salvador, ese angel me acaricia; á tu nombre ese angel me sonrío cuando te llamo, ese angel me consuela; cuando no te veo, te sustituye para tranquilizarme; y cuando estás á mi lado nos acompaña á los dos!

—Y jamás ha de abandonarnos, Chona mía, jamás! jamás.....

—¡Qué cortas son las horas!

—Muy cortas ¿no es verdad? ¿y lo hallas triste?

—Quisiera yo que se alargaran.

—Que sean leves, Chona, porque así acortarán el plazo: las horas del que espera, son siempre largas y las nuestras pasan.....

—Sí, tienes razón que sean ligeras.

.....

Necesitamos un volúmen aparte para seguir paso á paso los giros de este amor que, como un Kaleydoscopio, presentaba á cada movimiento, un nuevo y encantador aspecto; pero los límites que nos hemos prescrito nos obligan á detenernos sólo en algunas situaciones.

Carlos, por más que estuviera entregado completamente á su *Debe y Haber*, había tenido tiempo de pensar en que Salvador y Chona se amaban, y más de una vez esta idea había venido á colocársele á Carlos entre dos guarismos á pesar de su indiferentismo.

Carlos, como lo hemos dicho antes, no tenía ya corazón; había visto siempre en Chona á la señora de su casa en los salones, y en el almacén á la fuente de donde nacía el inventario de la mitad de una fortuna: sin un hijo á quien acariciar, Carlos miraba su matrimonio como una sociedad; es cierto que de sus lábios no había salido nunca una orden ni una contrariedad; la libertad de que había disfrutado Chona había sido ilimitada, y ni el placer con sus sonrisas, ni el dolor con sus amarguras, habían turbado ni por un momento aquella paz claustral; pero hacía algún tiempo que Carlos, á su pesar, pensaba más frecuentemente en su mujer, y empezaba á temer que las miradas de los extraños llevaran cierta expresión secreta que lo alarmaba.

—¿Si estaré haciendo un marido de Balzac? pensaba Carlos; me estoy viendo demasiado bueno, excelente; ¡vamos, soy un tipo de bondad! y en el mundo, esto, que bien pudiera ser una virtud, es uno de tantos sambenitos.

—Ello es que un marido tiene que serlo de algún modo; es preciso aceptar un papel: registremos el repertorio, que al fin me creo bastante buen actor para representar el que elija.

—El hombre acaba por ser actor genérico. Primer papel: el que hago, el de buen marido, y ya quedamos en que este papel me parece recargado; soy demasiado bueno y precisamente por eso quiero aceptar otro.

—Segundo papel: marido celoso; éste es de difícil desempeño; los celos son un libro desencuadernado y todavía no está bien definido el asunto: para este papel se necesita una brutalidad como la de Otelo, que es el modelo por excelencia, y el papel de bruto lo rechaza mi amor propio.

—¿Dónde están los demás papeles? se preguntó Carlos, creyendo él mismo que se había divagado en aquella cuestión que se proponía resolver con mucha calma.

—¿No hay más papeles en este repertorio? ¡Pobre repertorio marital! ¡qué mal dotado estás! Me ocurre una cosa que se parece á una muletilla: el término medio.



—Éste, dado caso que sea papel, tiene el inconveniente de estar colocado entre el drama y el sainete; es papel de zarzuela y á la larga degenera en uno de los dos primeros.

—Supongamos que espío, que me rebajo hasta el grado de andar de puntillas, de decir mentiras, de ser cómico, en fin, y que del ridículo de la posición del que acecha escondido, paso á persuadirme de esto: Chona y Salvador..... etc., etc.

—Aquí acaba mi papel y tengo que elegir otra vez uno de los dos primeros.

—Sigo siendo tan excelente como aquí, y me bajo al escritorio..... muy convencido de que soy un miserable.

—No, esto es un absurdo; tomaré el otro papel.

—Salgo de mi escondite, me presento con aire de..... con aire de marido ultrajado: parodio á Agamenon en la Bella Elena, preguntando por mi honra.

—A mi mujer le dará un ataque de nervios, mientras Salvador, que es hombre de fibra,

me espeta que..... me dice la verdad sin andarse con ambajes.

—En tal predicamento vuelvo á elegir, en el tercer acto, uno de los dos consabidos papeles, que á esa altura tendrán que reducirse á esto:

—Mato á Salvador, ó me callo.

—Melodrama ó Balzac. Supongamos que mato á Salvador, cuyo cadáver es la planta tipográfica de la edición de mi deshonra, porque el muerto tiene á su disposición las cien mil trompetas de Guttenberg, para repartir el argumento de mi drama á los doscientos mil habitantes de la capital, y aún le sobran para enviarme, desde la tumba, un nuevo ejemplar en cada correo extraordinario.

—Hay una ley estúpida que se le cuelga al marido en el cuello, obligándolo á que el día en que quiera recobrar su honra perdida, publique previamente su deshonra y la pruebe.

—Lógica: mato á Salvador en secreto, me convierto en un asesino vulgar, que tiene

que temblar ante el más asqueroso *diurno* que se me pare delante.

—Lógica: le digo á Salvador un día con voz de asmático:—Te comprendo—Lárgate.

—Salvador, que es un calavera, se ríe de mí; me recuerda á París, y me da lecciones de filosofía, de la filosofía que aprendimos juntos. Otra cosa; preparo un rapto, me robo á mi propia mujer y la escondo, y como no es legal ninguno de estos procedimientos, vuelvo á convertirme en un reo, sobre quien tiene jurisdicción mi lacayo, si lo que no es difícil, piensa mañana ser ministril, ó ayudante de acera.

—Lógica: le doy fuego á la casa y morimos tirios y troyanos.....

—¡Lógica! gritó por fin Carlos en el colmo de la desesperación; ¡lógica! me voy á acostar porque tengo mucho sueño.







## CAPÍTULO XV.

---

EN EL CUAL VERÁ EL LECTOR CUAN  
CIERTO ES QUE QUIEN MAL  
EMPIEZA MAL ACABA.



EL tiempo avanzaba trasformándolo todo, como esas ráfagas de viento que van haciendo de las nubes una sucesión de cuadros panorámicos que sorprenden la fantasía.

Sánchez había estrechado sus relaciones con Delgadillo, el oficial de los fósforos y de las elecciones. Por algún tiempo, creyendo Sánchez que el negocio de la casa de Carlos iba á proporcionarle una salida ven-

tajosa, previendo que por parte de la misma casa no había más interés que el de contar con un empleado que obrara en el asunto con imparcialidad y diligencia, se desconsoló soberanamente; noticia que en una tarde de *fósforos* comunicó Sánchez á su útil amigo Delgadillo.

Nadie más fecundo en recursos que esos ociosos, que no emplean ninguno en reparar sus propias averías; ninguno más rico en expedientes que aquél que los ha agotado todos; esos que viven de ilusiones, (y por más que sea absurdo, las ilusiones entran en el número de las cosas nutritivas,) esos tienen cien mil expedientes para cada dificultad.

Para Delgadillo todo era fácil, siempre que no fuera él el actor; es cierto que él vivía de las elecciones y de la junta patriótica; pero eso era porque su posición no le había dejado obrar en otro círculo; pero en tratándose de aconsejar, no hubiera vacilado en probarle al Ministro de Hacienda, que no había cosa más fácil que ser millonario.

Delgadillo había aprendido todos los trá-

mites y procedimientos del *topillo*, de la estafa y de todos los asuntos de mala fé; todas sus recetas eran de *contrefaçon*, y poseía los secretos del aceitero, del tocinero, del fondista y de casi todos los oficios lucrativos; sabía desde la manera de adjudicarse una finca sin pagar un centavo, hasta la manera de adulterar la leche, el pulque y la cerveza: todo cuanto fuera contravención ó trampa, lo sabía perfectamente Delgadillo.

Uno de sus ejercicios era imitar firmas; y no era extraño verlo borrar papel, imitando la firma de todos los personajes conocidos.

Delgadillo sabía hacer moneda y dublé, como sabía hacer velas que no eran de cera, y chocolate que no era de cacao, y dulce de leche sin leche, y otra porción de preciosidades por este estilo.

De manera que cuando Delgadillo se enteró del negocio de la casa de Carlos en palacio, se dió una palmada en la frente y le exigió á Sánchez las albricias por el fortuón que acababa de descubrir en el fondo

del negocio que el mismo Sánchez creía, hasta entonces, de todo punto improductivo.

—Insisto en que es usted un niño, señor Sánchez; vea usted cómo se hacen esos negocios.

Y Delgadillo hizo una larga explicación á Sánchez de la manera con que aquel negocio, conducido hábilmente, podía sacar á Sánchez de apuraciones.

Sánchez no se dejó alucinar fácilmente; pero desde aquel momento no volvió á pensar en otra cosa, dándole mil vueltas á aquel asunto, y buscándole incesantemente todas las contraceladas que pudieran hacerlo fracasar.

Pero Delgadillo amplió sus explicaciones y Sánchez iba animándose más y más á entrar en el asunto, ya fuerte con el caudal de conocimientos que le había transmitido Delgadillo.

Ya la casa de Sánchez no existía, y doña Felipa había pasado á la categoría de hoja suelta y vivía con una de sus amigas.



Don Aristeo también había buscado un rincón, desde el que, á pesar de todo, seguía al menos á su modo de ver, haciendo el papel de rico con Ketty.

Don Aristeo no recibió por fin de Sánchez los trescientos pesos de su contrato, sino en partidas parciales, en valores, en cambios de deudas y de la manera más difícil y complicada del mundo; pero tan luego como pudo disponer de las primeras sumas, las empleó en vestirse y en hacer algunos regalitos á Ketty.

Por supuesto que las habladurías de doña Ceferina, doña Anita y doña Felipa, no tenían término y aquellas tres trompetas no cesaban de sonar, revelando todas las poridades y peripecias de los acontecimientos que se habían sucedido con cierta rapidez desusada y extraordinaria.

Ya no les cabía duda en que don Aristeo se había encaprichado por la cocota, y las viejas llegaban á olvidarse hasta del chocolate, cuando se trataba de comerse vivo á don Aristeo.

—Es un viejo *chirrisco*, decía doña Felipa; si desde el primer día en que yo lo ví ponerse los botines apretados para ir á ver á esa condenada, me dió mala espina.

—Y yo, mi alma, agregó doña Ceferina, que me lo encuentro entrando al 3, que no lo pudo disimular y todavía el muy hipócrita me dijo: ¡qué quiere usted, doña Ceferina, voy á hacer este sacrificio en obsequio del pobre de mi compadre!

—Vea usted, doña Ceferina, y ¿quién lo había de creer de un hombre tan timorato como don Aristeo, y cuya conducta nos consta á todos que era ejemplar? pero vea usted lo que pueden esas mujeres que vienen de allá de *extrangis*, yo no sé qué les ven los hombres; lo que es yo no puedo ver á las güeras, ni me parecen mujeres: á mí deme usted una mujer rosadita de cara, de ojos y pelo negro, bajita de cuerpo y redondita de forma; pero una de esas patonas que usan botas de cochero y andan como palos vestidos ¡y lo permita Dios! doña Ceferina,

sobre que le digo á usted que ni me parecen mujeres.

—Pues don Aristeo no opina como usted, mi alma; porque ya lo ve usted metido en casa de esa mujer á todas horas, y como dá la casualidad que vivo por allí, todo lo sé sin necesidad de preguntarlo. ¿Creerán ustedes que el pelón está todos los días en acecho de don Aristeo?

—¿Es posible?

—Sí señor, sabe el malvado las horas á que entra y las horas á que sale; sabe qué ropa lleva y si además le lleva ó no le lleva regalitos á la patona.

—¡Vaya! si parece ahora un joven, tiene saco rabón y cadena de reloj y sombrero de moda y hasta guantes.

—¿Qué dice, usted qué viejo loco? pues no sería mejor que se dedicara á machucar la cuenta como nosotras y no andarse ahora en galanteos y cosas propias de los jovencitos!

—¡Ya se vé!

—¿Y de Amalia, qué se dice? preguntó doña Anita.

—Dicen que la pobre dá lástima ver como está, que parece una vieja.

—¡Pobre! ha de haber sufrido mucho.

—En el pecado llevó la penitencia.

—Dizque vive por las calles de San Juan.

—¿Sola?

—No sé, pero sí sé que solo la Chata la visita, y que está en una miseria, que es cosa que se queda sin comer muchas veces, y que ni á la calle sale.

—Y todo por su mala cabeza, pues dígame usted, doña Felipita, ¿qué necesidad tenía esa loca de mis pecados de irse á enamorar de semejante calavera?

—La verdad, á mí nunca me gustó el tal Ricardo.

—A mí, desde el primer día, me pareció un hereje de siete suelas.

—Sí, eso no hay que dudarlo, es de esos jovencitos impíos que los hay á montones, porque ya es cosa de que á cada paso se tropieza usted con esa clase de gente; el otro día lo dijo el padre don Pachito en el púlpito, si hubieran estado ustedes en el

sermón, ¡ah, qué bien lo hizo! fué cosa que á todas se nos saltaron las de San Pedro.

—¿Y su hermano de usted? le preguntó doña Anita á doña Felipa.

—¡Qué sé yo! hace mucho tiempo que no lo veo.

—Dicen que anda muy distraído; y vea usted lo que son las cosas, dicen que habla muy mal de don Benito.

—¡Es posible! pues antes era muy amigo suyo.

—Pues ahora lo contrario, se está volviendo de la oposición.

—Vea usted, mi alma, yo creo que hace mal el señor Sánchez; yo no soy juarista, pero no por eso dejo de confesar, que su hermano de usted le debe muchos favores al señor Juarez.

—Y consideraciones, agregó doña Felipa.

—El caso es que el hombre está perdido, y dicen que cada día se da más al maldito vicio de la embriaguez.

—¡Vea usted qué lástima!

Don Aristeo, por su parte, no se conocía

á sí mismo, había acabado por enamorarse perdidamente de Ketty.

Se había empeñado una lucha terrible entre la nulidad de don Aristeo como amante, y la terrible pasión que le inspiraba aquella mujer que atesoraba encantos vírgenes para don Aristeo.

Este amor que se levanta de entre las ruínas de una humanidad consumida, más por los años que por los combates del alma, es un fuego devorador que engendra las más extrañas elucubraciones.

Don Aristeo, solo, huraño para con todo el mundo, sin amigos y sin familia, consagraba todo su sér á la adoración, todo su tiempo al culto del amor, pasaba horas enteras entregado á la contemplación de cualquier objeto que había podido adquirir perteneciente á Ketty.

A la sazón que le volvemos á ver, estaba delante de un guante de la cocota; este guante había recibido ya miles de besos apasionados, y el aroma de que estaba impregnado lo aspiraba don Aristeo con la

avidez con que un asfixiado buscaría el oxígeno para volver á la vida.

Ketty, por su parte, insegura sobre los datos que acerca de las minas le pedía á don Aristeo, no se había atrevido á abandonarse en brazos de su nuevo amante, sin la competente seguridad de que aquel sacrificio sería amplia y previamente remunerado; de manera que, sin desechar completamente á don Aristeo y sin quitarle las esperanzas, lo tenía pendiente de sus lábios, y como en equilibrio al borde de un abismo.

Las visitas frecuentes de don Aristeo no le impedían á Ketty recibir algunos amigos, especialmente americanos.

Cuando don Aristeo veía entrar á alguno de estos amigos de Ketty, pasaba por todos los tormentos que pueda imaginarse; Ketty y el americano hablaban inglés delante de don Aristeo, quien hubiera dado su alma al diablo por entender una palabra de aquella maldita gerigonza, que le ponía en la posición de traducirla de la manera más desfavorable á su individuo.

Los celos se apoderaron del viejo con todo el rigor de que esta funesta pasión es capaz, y los tormentos de don Aristeo no conocían límites.

A solas se atrevió á decirle á Ketty lo que sufría; hasta llegó á ser elocuente en la pintura de sus padecimientos morales; y con tan vivos colores retrató su pasión, que la cocota no tuvo valor para reírse como lo había hecho varias veces; pero el único sentimiento que don Aristeo fué capaz de hacer brotar en el corazón de aquella mujer metalizada y positivista, fué la más fría conmiseración.

Don Aristeo tuvo, por primera vez en su vida, un acceso de desesperación tal, que trastornó poderosamente su economía, y cayó á los piés de Ketty presa de un verdadero ataque cerebral.

Fué necesario recurrir á un tratamiento enérgico, según el parecer del médico que Ketty mandó llamar en el acto; pero no bien hubo salvado del primer acceso, ocurrió el segundo, sin que el médico pudiera



acertar de pronto con la causa que lo había motivado.

Durante los primeros días de la enfermedad de don Aristeo, Ketty facilitó todos los recursos que demandaba la asistencia; pero cuando por el médico supo Ketty que aquella enfermedad sería larga, determinó librarse de una molestia que de nada lo serviría.

—Usted, señor don Aristeo, está mal asistido en mi casa, donde no hay comodidad para los enfermos; y la enfermedad de usted requiere, según el médico, una mejor asistencia.

—Me despide usted, Ketty, y ya que no he tenido el placer de vivir al lado de usted, solo por no haber nacido suficientemente rico, no podré al menos ofrecerle á usted mi último suspiro?

—Usted hará mal, señor, en quererse morir aquí. Usted puede guardar todavía un poco más de tiempo el suspiro, porque yo voy á viajar otra vez.

—¡Cruel! exclamó don Aristeo; y se me-

tió la sábana en la boca, para no proferir en desahogos que no quería decir.

—¡Por piedad, Ketty! dígame usted que me ama y yo moriré tranquilo.

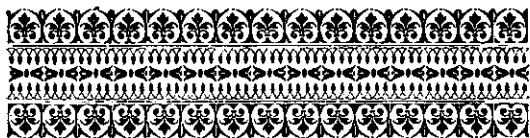
—¡Oh! yo he dicho á usted que yo lo estimo como un buen señor, mas no como un amante.

—¡Ah miserable de mí! ¡miserable! ¡miserable.....!

Y don Aristeo se soltó llorando amargamente, y como era la hora del lunch, Ketty le volvió la espalda.

Al día siguiente, aprovechando el sopor y la postración del enfermo, fué colocado en una camilla y trasladado al hospital de San Andrés.





## CAPÍTULO XVI.

---

### SOLEDAD DEL ALMA.

**H**AY en cierto lugar de México una calle que en su acera que ve al Norte tiene algunas casitas como la que vamos á describir.

El propietario, deseando construir habitaciones con las comodidades necesarias para una familia reducida, levantó, en lo que algunos años há era un solar, una casa cuya planta baja la forman una pieza que da entrada á otra, que pudiera ser sala, á

un pequeño patio donde hay una cocina y un lavadero, y á la vez da paso á una escalera de madera que conduce á la planta alta, compuesta de tres piezas y un pequeño corredor.

Allí vivía Amalia.

Su menaje era triste y pobre: un catre de fierro, algunos baules, algunas sillas y una mesa.

Realmente el tiempo se había desplomado sobre Amalia; estaba inconocible: no obstante, un observador hubiera podido notar los restos de un esplendor que había muerto ya.

Amalia no había abandonado el corsé, y el corte de sus vestidos traía reminiscencias de época mejor; algunos objetos de lujo contrastaban con el menaje y la soledad de aquella casa, á donde sólo habían entrado Amalia y la Chata.

Amalia llevaba muchos días de no llorar y en su conversación había podido notar la Chata cierto desorden de ideas que ésta atribuía á falta de alimento y nutrición.

Efectivamente, Amalia iba olvidando el comer.

Estaba servida por una sola criada: los días y las noches se sucedían para Amalia de una manera triste, lenta y monótona.

En los momentos en que volvemos á verla, acababa de pasar uno de sus días más amargos; estaba sentada en un taburete cerca de una ventana; las sombras se habían enseñoreado en su habitación desmantelada y reinaba allí un silencio profundo; sólo los últimos reflejos del crepúsculo le prestaban una tinta opaca y mortecina.

Amalia llevaba dos horas de no cambiar de actitud; no se había movido durante ese tiempo, y aquella inmovilidad, el color gris de su vestido y la luz triste que la iluminaba hacían recordar esas grandes aves nocturnas que, en el recodo de algun añoso tronco, esperan graves é impasibles que el sol acabe de ocultarse para tender las alas y lanzarse entre las sombras á sus rapiñas, á sus depredaciones y á sus amores.

Amalia nada esperaba, Amalia no tenía

ningún amigo: la habían abandonado todos y algunos cumplimientos fríos, algunos gestos de desdén mal disimulados, habían sido las últimas demostraciones de su mundo anterior. Amalia había recogido uno á uno esos restos de consideración y había llorado sobre ellos, como había reído antes sobre las flores que la arrojaban al pasar.

¡Cuán desgarradora era la amargura de Amalia! La soledad de su alma se parecía á las ruínas de esos templos profanados que se desmoronan, y cuya nave recuerda todavía los raudales de oración que desde allí se elevaron al cielo.

Amalia no tenía la resignación del sufrimiento, ni su dolor era engendrado por el deseo de ocupar de nuevo el pedestal de que había descendido; las lágrimas de Amalia eran las lágrimas de la desolación de su alma.

Amalia, como sabemos ya, no había tenido nunca en el mundo otro culto que el de su propia persona, y pasando por alto las árduas cuestiones de moral y deber, ca-

si no le había alcanzado el tiempo más que para vestirse, para cuidarse, para mimarse á sí misma; había encontrado la suprema felicidad en un olan encañonado, en un corsé que le pudiera disminuir el volúmen del torso, ó en un velo que pudiera hacer creer, entre él y el albayalde, que el espectador tenía delante una beldad incomparable.

Amalia no había puesto jamás en duda la acepción lata de la galantería: cuando le decían *hermosa* lo creía justo, y todo elogio acerca de su persona era para ella la expresión de la verdad y la justicia.

Se había acostumbrado á ver venir los hombres hacia ella, siempre trayendo en las manos el prospecto de su entusiasmo, la seguridad de su conquista ó cuando menos una flor; de manera que cuando Amalia notó en los hombres que la rodeaban los primeras síntomas de tibieza y luego de desvío, encontró este proceder tan desusado é injustificable, que le preguntó mil veces al espejo si los hombres habían cambiado todos simultáneamente, ó la misma Amalia

había sufrido una transformación incomprensible.

Bastaron algunos días de sufrimiento para que Amalia fuera impotente contra los estragos del tiempo, y la vejez, detenida ante la barricada de un tocador bien provisto, se desplomó de pronto sobre Amalia, apoderándose con la avidez de un buitre de sus pómulos, de su dentadura, de su laringe, de sus hoyuelos, de sus cabellos y de todos sus encantos.

Jamás el tiempo ha confeccionado una vieja más rápidamente; jamás el atractivo femenino ha huído en más vergonzosa derrota; y como en este cambio de decoración nada quedaba en aquel templo que Amalia se había erigido á sí misma, ídolo y adoradores habían desaparecido repentinamente.

Sacó á Amalia de su enagenamiento un acontecimiento inesperado; tocaban á su puerta.

Amalia abrió la ventana y á pesar de las sombras conoció á la Chata.

Un momento después, Amalia conducía



de la mano á su antigua amiga, al través de la oscuridad de la habitación, y la hizo sentar.

—¿Qué haces? le preguntó la Chata.

—Ya lo ves, morirne.

—Pero esto no puede ser, Amalia; es necesario pensar en que cambies de vida: te has encaprichado en matarte lentamente, y no hay razón que te aparte de tus necias resoluciones.

—No tengas cuidado, Chata, todo va á concluirse: afortunadamente viniste: quería decirte adios.

—¡Amalia! ¿qué estás diciendo?

—¿Por qué te sorprendes? ya sabes cuánto he odiado á las viejas; yo nunca he querido llegar hasta allá y tenía razón. ¿Quieres que espere todavía más desengaños? Ya lo ves, todo el mundo ha desaparecido: estoy sola, sola... y fea.

—Pero si prescindes del deseo de figurar como mujer en el mundo galante, tienes aún por ventura muchos días delante que consagrar á tu alma.

—¿Vieja rezadora? ¿Yo convertida en una bruja de sacristía? No lo creas, Chata, parece que no me has tratado tantos años.

—¿Y tu salvación?

—Mi salvación es la muerte.

—¿Y tu alma?

Amalia se encogió de hombros y después de una pausa dijo:

—¿Crees que haya en el mundo placeres para mí?

—Bastante has gozado ya en el mundo; ahora podrías gozar...

—¿Cómo?

—Practicando la virtud.

—¿Soy acaso virtuosa?

—Practicando la caridad.

—Caridad que necesito para mí, ¿ó pretendes que dé limosna en lugar de pedirla?

—Por Dios, Amalia, que estás inconcebible.

—Al contrario, ahora es cuando empiezas á conocerme. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una época en que para va-

ler algo la mujer necesita ser reina aunque haya nacido pobre; estoy persuadida de que mi misión ha concluído; pretender vivir sería lo mismo que aceptar en la vida un papel al que nunca he podido avenirme; yo no nací para ser pobre ni fea; prefiero la muerte al desprecio de las gentes.

Había en el acento de Amalia cierta expresión de seguridad y de firmeza, que revelaba que sus resoluciones eran irrevocables y el resultado de una larga meditación.

La Chata lo comprendió así, y se espantó juzgando que su amiga había llegado al colmo de la desesperación.

—Amalia, sean cuales fueren tus resoluciones, óyeme: venía, no sólo á consolarte, sinó á darte noticias..... noticias de Ricardo; ¡ba á decirte además que tu vida va á cambiar completamente, y que debes desechar esas ideas lúgubres..... y sobre todo, ofréceme que no vas á hacer una barbaridad.

Amalia no pudo contener un ligero quejido.

—¿Qué tienes? preguntó la Chata, perdiendo cada vez más el aplomo y la serenidad que solía tener en las situaciones difíciles; ¿qué tienes? ¿acaso has tomado algo?..... ¿Estarás envenenada? ¡Amalia! ¡Amalia!

Y la Chata se deshizo en lágrimas arrojándose en brazos de su amiga.

—Tranquilízate, Chata, le dijo Amalia al cabo de un rato y con el mismo tono de voz con que había hablado anteriormente; ya sabes que nada te oculto, y lo que es en esta ocasión no me permitiría engañarte. Cuando esté próximo mi fin te llamaré para que cierres mis ojos; pero todavía no es tiempo: pueden alcanzarme las fuerzas para vivir un poco más... pero nada más un poco; por hoy, debes creerme, estoy bien, porque me ha parecido ridículo morir en sábado: este es un día funesto para mí.

Costó, sin embargo, mucho trabajo á Amalia tranquilizar á la Chata, quién, después de haberle exigido mil protestas y juramentos, la preguntó:

—¿Y tú criada?

—No está en casa; pero ya vendrá.

—¿Estás sola?

—Como siempre; yo estoy sola siempre.

La Chata, á pesar de todo, no quería dejar sola á Amalia, pero á la vez pensaba que era urgente arrancar á su amiga de allí y hacerle cambiar radicalmente de modo de vivir; sabía efectivamente que Ricardo había vuelto á México, y se propuso servirse de él para arrancar á Amalia de los brazos de la muerte; de manera que, ofreciendo volver en aquella misma noche, se despidió de Amalia.







## CAPÍTULO XVII.

---

### CONCLUSIÓN.

**S**ÁNCHEZ instigado por su famoso amigo Delgadillo, puso en práctica sus consejos y pretendió convertir en criminal grangería el negocio de que lo había encargado Carlos.

Sánchez con la esperanza de realizar felizmente aquella tentativa, que, según Delgadillo, los iba á enriquecer, pidió nuevos plazos y alentó á sus acreedores; se proporcionó algunas cantidades, de las cuales participó Delgadillo, y ambos amigos se entre-

garon de nuevo al mundo de los castillos en el aire, y á las más risueñas esperanzas para el porvenir.

Pero un día Sánchez fué recibido por el jefe de su oficina en un gabinete reservado; y en una larga peroración hubo de probarle su torpe y pérfido manejo.

Sánchez cogido en la trampa, empleó todos los recursos que le sugería lo difícil de su situación; hizo una triste pintura á su jefe del predicamento en que se encontraba, apeló á su conmiseración, á su buena alma y á todo lo que en aquellos momentos terribles para Sánchez, le pudiera ofrecer un hilo á que asirse; pero aquello no tenía remedio y la completa ruína de Sánchez estaba formalmente declarada.

En ese mismo día salió Sánchez de palacio, para no volver más.

—Amigo Delgadillo, esto no tiene remedio, le dijo Sánchez á su amigo el día de su destitución; me sigue soplando la de malas y ya lo vé usted, todos mis amigos me abandonan, y..... sacrifíquese usted para esto,



haga usted méritos, preste usted importantes servicios á la causa, para que le den á usted este pago, para que lo quiten á usted de su empleo, so pretexto de que se maneja usted mal, y todo es por colocar un ahijado. Decididamente no se puede servir al gobierno; pero ya lo verá usted, amigo Delgadillo, ya verá usted caer al indio; el país ya no puede aguantar esta tiranía; todo el país está cansado de ser patrimonio de unos cuantos, y nosotros los hombres honrados, los liberales de buena fé, los que hemos luchado por la reforma y por la libertad, nos vemos postergados y en la calle, y despreciados por los que están arriba; pero ya se acabará todo esto, amigo Delgadillo, y yo seré uno de los que dé hasta la última gota de su sangre por derrocar este estado de cosas que ya no se puede tolerar; ¡esto es un escándalo! ¡ya verá usted! ya verá usted!

—¿Qué es lo que ha pensado usted hacer señor Sánchez?

—¡Cómo qué! ¿Usted no sabe cómo está la cosa?

- No.
- Pues esto no dura dos meses.
- ¿Es posible?
- Estamos trabajando.
- ¿En qué sentido?
- En tirar á don Benito.
- ¿Y caerá?
- ¡Júrelo usted!
- ¿Y usted va?...
- ¡Voy á lanzarme á la revolución!
- ¡Pero señor Sánchez!
- ¡A la bola!
- Pero mire usted....
- ¡A la bola!
- Puede que no salga todo tan bien.
- ¡A la bola! ¿Vámonos? ¿qué dice usted?
- Vea usted, señor Sánchez, yo me quedo bien aquí; éstas no son mis ideas, pero mal que bien se vive; y lo que es la bola ya no es tan facil como antes. Vea usted que este señor presidente tiene mucha suerte.
- ¡A la bola, y ya lo verá usted dentro de poco! y supuesto que usted no se decide adios, amigo Delgadillo.

—Adios, señor Sánchez.

En el mismo día Sánchez salió de México, lanzándose á la revolución, en lugar de lanzarse á la carcel y á la miseria.

Sánchez pernoctaba en Cuautitlán, á la sazón que en México la Chata corría en busca de Ricardo.

Ya hemos dicho que para la Chata no había dificultades, y no tardó en encontrar á Ricardo.

—¡Chata! exclamó éste al verla.

—Un negocio gravísimo.

—¿Qué pasa?

—Vamos á salvar á Amalia.

—¿De qué?

—De la muerte.

—¡Cómo es eso!

—Vamos, traigo un coche; por el camino le contaré á usted.

Apenas tuvo tiempo la Chata de enterar á Ricardo de la situación de Amalia, porque el coche volaba. Llegaron á la casa y tocaron fuertemente á la puerta.

Nadie respondió.

Tocaron de nuevo con una precipitación desesperada.

Sólo el eco de sus propios golpes contestaba á su inquietud.

Unieron sus esfuerzos para echar la puerta abajo, y entretanto su imaginación les hacía concebir horribles ideas que no querían comunicarse.

De repente, Ricardo se apartó de la puerta hacia el centro de la calle, é inspirado por una buena idea subió por la ventana de hierro, cuya parte superior estaba distante del balcón un corto trecho.

La Chata no habló, pero respiró un momento, y se puso á escuchar.

Un instante después de haber entrado Ricardo por el balcón, la Chata oyó un grito: después nada; le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el dintel de la puerta.

Pasaron largos instantes de un silencio espantoso.

—¡Ricardo! gritó la Chata haciendo un esfuerzo.



*¡ESTABA MUERTA!*



En seguida oyó los pasos de Ricardo que bajaba á abrirle.

No bien pudieron comunicarse, se abrazaron y lloraron los dos, después subieron lentamente la escalera.

Amalia se había puesto el mejor de sus vestidos para acostarse.

¡Estaba muerta!

Cerca de la cama había un vaso con un sedimento blanco.

.....

Al día siguiente daban fé del hecho doña Ceferina, doña Anita y doña Felipa.

Si el benévolo lector tiene algún interés en saber el paradero de los personajes cuya historia queda pendiente, encontrará satisfecha su curiosidad en la siguiente novela, que se titula: «Las gentes que son así» y constituye el décimo sexto tomo de LA LINTERNA MÁGICA.

FIN DE LAS JAMONAS.





# ÍNDICE.

|   | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| CAPÍTULO I.—El diablo verde . . . . .   | 9              |
| CAPÍTULO II.—El tesoro virgen y la caja vacía . . . . .   | 27             |
| CAPÍTULO III.—El tesoro virgen cabe dentro<br>de la caja vacía . . . . .                                      | 41             |
| CAPÍTULO IV.—Don Aristeo tentado del de-<br>monio . . . . .   | 57             |
| CAPÍTULO V.—En el cual el lector vuelve á<br>seguir los pasos de Ricardo, de Amalia<br>y de la Chata. . . . . | 69             |
| CAPÍTULO VI.—En el que se vé que la jama-<br>na sabe más de lo que le han enseñado. . . . .                   | 85             |
| CAPÍTULO VII.—De cómo el espiritismo pue-<br>de ser un magnífico recurso amoroso. . . . .                     | 101            |
| CAPÍTULO VIII.—En el Tívoli del Eliseo. . . . .   | 117            |
| CAPÍTULO IX.—A los postres. . . . .   | 137            |
| CAPÍTULO X.—La tribulación de Sánchez . . . . .   | 151            |
| CAPÍTULO XI.—Signe la tribulación de Sán-<br>chez y empieza la de doña Ceferina. . . . .                      | 165            |
| CAPÍTULO XII.—Los estragos del tiempo. . . . .  | 175            |
| CAPÍTULO XIII.—Continúa el pícaro tiempo<br>haciendo atrocidades. . . . .                                     | 189            |
| CAPÍTULO XIV.—Amor platónico. . . . .   | 201            |
| CAPÍTULO XV.—En el cual verá el lector,<br>que quien mal empieza mal acaba. . . . .                           | 215            |
| CAPÍTULO XVI.—Soledad del alma. . . . .   | 229            |
| CAPÍTULO XVII.—Conclusión . . . . .   | 241            |

---



## INDICE DE LAS LÁMINAS.

---

|   | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| EL DIABLO VERDE, al cromo, (portada). . . |                 |
| Salvador estaba inmóvil. . . . .          | 51              |
| ¡Estaba muerta! . . . . .                 | 247             |

---



# OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

---

TOMO I.—*Baile y Cochino*.....

TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.<sup>a</sup> parte).

TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.<sup>a</sup> parte).

TOMO IV.—*Los Mariditos*.

TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*,  
(1.<sup>a</sup> parte).

TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*,  
(2.<sup>a</sup> parte).

TOMO VII.—*Los Fuefuegos. La Noche Buena*.

TOMO VIII.—*Mis Poesías*.

TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos  
trascendentales*.

TOMO X.—*Id., id., id.* (2.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XI.—*Isolina*, (1.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XII.—*Isolina*, (2.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XIII.—*Las Jamonas*, (1.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XIV.—*Las Jamonas*, (2.<sup>a</sup> parte).

---

TOMO XV.—*Poesías*.—En prensa.



86







1001890961